Tema
3

Dinamismo de la naturaleza humana: facultades del hombre

Desde la unidad de la persona —de la carne que somos en la dualidad no dualista de co-principios— vamos ahora a mirar la actividad que ejercemos conforme a nuestra naturaleza. Este tema es extenso pues merece la pena conocer bien las facultades con que contamos para realizar nuestras acciones, acciones mediante las cuales nos realizamos.

Si nos fijamos en los diferentes tipos de actos que realizamos descubriremos las facultades que nos capacitan para ello, pues cada tipo de acto presupone la capacidad que lo faculta, la facultad se manifiesta en el acto. Las facultades son principios operativos que dependen de nuestro ser, de nuestro principio vital. Se les llama potencias activas ya que tiene el poder de actuar, de pasar de la potencia al acto, aunque no siempre lo hacen, no siempre están en acto, pero aun cuando no lo hacen están ahí —aunque cuando duermo no razone, tengo la facultad de razonar mientras estoy dormido, eso sí sin ejercerla en acto—. Así, la persona humana, por su alma, tiene en su naturaleza unas facultades para realizar diversos actos, estas facultades perfeccionan su capacidad de actuar mediante los hábitos, que se adquieren por la repetición de actos. En el caso del hombre, nuestras facultades son tales que nos hacen actuar de un modo muy peculiar: con libertad.

Esquema

I. El hombre y el animal: facultades vitales básicas, parentesco y diferencia

II. Facultades exclusivas de la persona humana

- Inteligencia: la persona es animal racional, es ser para la Verdad
  - Noción de verdad
  - Mente – cerebro
  - Filosofía de la inteligencia
  - Pensamiento y lenguaje
- El dinamismo tendencial del hombre: tendencias y voluntad, eros y agape
  - El hombre como deseo
  - Tendencias humanas e instinto animal
  - Tendencias básicas: apetito concupiscible e irascible
  - Voluntad

- Agente, actor y autor
- Fidelidad
- Querer: unidad entre eros y agape: persona significa capaz de amar
- Dimensión moral de la persona
- Inteligencia y voluntad

• El dinamismo afectivo del hombre: el corazón y el sentimiento
- Personalidad y educación sentimental
- Estructura y producción del sentimiento o biopsicología del sentimiento
- Tipos de sentimientos

III. Persona y libertad

• Defensa de la libertad
• Caracterización de la libertad: libres para amar

La persona por su naturaleza está lanzada hacia su realización, hacia su plenitud. Esta plenitud aún no alcanzada paradójicamente está operante, aquí y ahora, en nuestro interior como proyecto real que pone en marcha y orienta nuestros dinamismos. Nuestra alma, todo nuestro ser, lleva en sí su plenitud en el presente. La naturaleza es así principio que nos configura y, a la vez, fin que estira de nosotros para que lleguemos a desarrollar cuanto podemos dar de nosotros mismos. Observando los seres vivos, Aristóteles observó que todos ellos se comportan persiguiendo un fin (*telos*), propio de cada uno. Este fin buscado —que mueve como causa final desde dentro, pues no está fuera, y que es absolutamente real como manifiesta su mover— es la misma forma que les hace ser tales cosas, pero en cuanto realizada de modo plenario. Así la bellota, informada por la forma 'encinil' busca desde dentro llegar a ser una encina perfecta. La bellota busca ser lo que es en plenitud, busca ser encina plenamente como árbol, por eso ni se para en arbusto, ni sigue creciendo indefinidamente como si fuese una secuoya, ni se transforma en geranio. A este descubrimiento lo denominó *entelequia*[40], la misma forma en cuanto fin a realizar en plenitud. Ciertas formas de cientificismo y de materialismo contemporáneo no reconocen la finalidad, por eso reducen los tipos de causalidad a solo las causas eficiente y material. Además, reconocer el *telos* (finalidad) implica abrir un camino de razonabilidad hacia el reconocimiento de Dios como aquel ser inteligente que habría inscrito la inteligibilidad de la finalidad en el cosmos y en la naturaleza de los vivientes. El materialismo cientificista suele quedarse en la explicación del "cómo" funcionan, olvidando estudiar el "para" y el "porqué", que abrirían esos caminos.



Homo Viator: somos peregrinos

40. En el lenguaje actual 'entelequia' ha degenerado de su sentido original: plenitud de la forma propia de ser en virtud de la cual cada ser despliega todos sus recursos con miras a lograrla; y ha pasado a designar una realidad que se considera irrealizable e incluso contradictoria.

En virtud del *telos* podemos considerarnos peregrinos: caminantes con una meta. Por ser carne somos temporales y estamos en camino hacia nuestra plenitud —somos *homo viator* (Marcel)—. En cada persona hay un deseo radical, una sed metafísica (Agustín), que nos constituye y que pone en marcha todos nuestros dinamismos para que busquemos la plenitud —nosotros sabemos que resulta inalcanzable sin Dios—. Esta sed nos permite encontrar el camino a casa, que no es otro que el camino hacia nosotros mismos —camino en Dios y hacia Dios—. Este camino se puede ver interrumpido por la muerte en cualquier momento, suscitando la pregunta por el sentido último que tanto preocupó en s. XX del existencialismo, tanto en su formulación pesimista y negativa (Sartre, Heidegger) o positiva (personalistas).

Este proceso está confiado a nosotros mismos, pues somos libres para madurar, crecer y realizar nuestras posibilidades, también inventado nuevas oportunidades, ampliando los modos de concretar la realización de la plenitud humana. De ahí que sintamos el peso de la vida, el hombre ha de responder de su camino, del sentido que elige dar a su vida, somos responsables. Nuestra biografía no es el tiempo que pasa sobre una piedra o un monumento, es vector de plenitud. La plenitud humana no es algo predeterminado en su forma y figura.

La naturaleza humana, además de capacitar a la persona, dibuja unos rasgos de humanidad mínimos para que un proyecto de plenitud sea auténticamente realizador, pero deja a la persona en apertura creativa. Nuestra naturaleza es luz que orienta y, a la vez, fuerza que nos lanza en libertad. Es la libertad la que configura el modo de la plenitud dentro de las posibilidades humanas de la misma. No hay una única figura humana de plenitud, casi se podría decir que cada persona realiza la suya, pero todas ellas se encuadran en un dinamismo, en una vía que es simultáneamente creativa y orientada. P. e., no se puede realizar plenamente como persona sin la relación con Dios y con los demás, pero el cómo concreto de esa relación no es algo cerrado ni predeterminado, además podemos elegir realizarnos sin Dios, aunque luego nos encontremos en una situación no esperada, p. e. La libertad, por la que somos dueños y responsables de nuestra naturaleza, hace posible un peregrinar autodestructivo: el mal, misterio que trataremos en la Unidad Didáctica 3.

Mediante la acción nos realizamos. Para realizar nuestra plenitud contamos con diversos dinamismos que se apoyan en nuestras facultades. Al observar los distintos tipos de actos que hacemos por nuestra naturaleza, descubrimos las diversas potencias de actuación que poseemos en nuestra naturaleza, estos poderes son llamados facultades (nos facultan para la acción). Estas facultades expresan dimensionalmente la radical actividad de realización y vida que somos, abriendo los campos en los que nuestro ser personal se realiza: amar, conocer, sentir. A cada diversa acción, a cada tipo de acto, debe corresponder un principio o poder de actuación específico que denominamos facultad. Descubrimos las facultades por los actos que realizan. Descubrimos tantas potencias como tipos de acciones irreductibles entre sí somos capaces de realizar, por ejemplo, un acto de amor es irreductible a un acto de conocer, por tanto, tendré una facultad de la que proceden los actos de amor (la voluntad) y otra que me faculta para los actos de conocer (inteligencia).

Las facultades son poseídas por la persona como capacidades de su naturaleza, de este modo tenemos el acto y principio primero —radical o último, en el sentido de

II. Facultades exclusivas de la persona humana: capacidad de verdad (conocimiento), de bien (voluntad/amor) y de belleza (sentimientos)

Además de las capacidades básicas, las personas tenemos tres facultades superiores en las que se manifiesta nuestro ser trascendente. Tenemos tres facultades que en su aspecto más sensible están emparentadas con el mundo animal, pero que en el hombre son esencialmente distintas por estar transidas del alma espiritual. Entre estas tres dimensiones de nuestro dinamismo más elevado y complejo hay circularidad unitaria. Tenemos inteligencia, voluntad y sentimiento, siempre constituidos en la intrínseca relacionalidad psico-corpórea y siempre interrelacionados. Pienso afectiva y amorosamente, quiero afectiva e inteligentemente, me siento según me comprendo y el estado de mi querer. Los sentimientos influyen en el inteligir y el querer, etc., podríamos ir enunciando todas las combinaciones posibles en relación circular.



Interacción recíproca de facultades

Por ejemplo, cuando alguien decide casarse, o seguir su vocación, cuando se va a comprar un teléfono móvil, etc., la persona pone en juego todas sus dimensiones y facultades. Y podemos constatar a veces que la más decisiva resulta ser la menos esperada. Así, dicen, que en las crisis económicas de las bolsas es decisiva la falta de confianza, un sentimiento, más que un racional proceso deductivo. Del mismo modo, al decidir sobre el casarse y la vocación se discierne usando la razón, pero la afectividad tiene un gran peso, y sobre todo el querer, la decisión. Hasta cuando compramos un móvil o un coche muchas veces nos puede más un factor afectivo o estético que la fría racionalidad y análisis.

> *Entre las tres facultades hay una prioridad de la capacidad de* ***verdad*** *que sirve de luz y guía a la voluntad y al sentimiento. La facultad que llega más lejos quizás sea la voluntad que quiere lo amado en toda su realidad. Pero tanto inteligencia como voluntad están ligadas a la afectividad. En diversos procesos puede haber diversa dominancia de una facultad sobre las otras. Resulta importante no caer ni en un* ***intelectualismo*** *racionalista, ni en un* ***voluntarismo****, ni en un* ***sentimentalismo*** *o emotivismo. Lo iremos comprendiendo en las páginas siguientes.*

Estas facultades implican la colaboración tanto de los órganos sensibles correspondientes como de la actividad más inmaterial. Sus acciones son de la persona entera, de toda ella. No digiere mi estómago, soy yo quien digiero con mi estómago, mi capacidad de digerir depende de mi principio vital, de mi alma. Del mismo modo yo conozco mediante mis sentidos-cerebro e intelecto que colaboran a una en la uni-

dad de la acción de estar en la verdad, esta confluencia ocurre de modo paralelo en el resto de facultades con sus operaciones: mi voluntad es tendente, mi sentimiento afectante. No realizamos actos "angelicales", siempre en mayor o menor medida, hay presencia de nuestra carnalidad, no la podemos dejar fuera porque la somos.

Procedamos al estudio con las facultades una a una: inteligencia, voluntad y afectividad.

Inteligencia: la persona es animal racional, es ser para la Verdad

Las personas humanas también nos podríamos definir como aquellos animales que viven para la verdad, capaces de conocer la verdad, que necesitamos vivir en la verdad.

La verdad desempeña diversas **funciones vitales** en el hombre:

1. **Sobrevivimos por la verdad.** Somos seres que para vivir necesitamos la verdad, sin ella moriríamos. El rechazo a la mentira es ya manifestación de esta necesidad de la verdad, a nadie le gusta que le mientan y manipulen. La verdad no se circunscribe a la actividad de los sabios investigadores o a nuestras horas de estudio sobre temas elevados. La verdad es algo mucho más básico y primario. Cada uno de nosotros vive cada día en la verdad o acaba muriendo, sin la verdad nuestro ser resulta inviable; pues la verdad empieza con las cosas cotidianas más sencillas: la verdad de lo que como, de lo que veo, de lo que uso, de aquellos con los que convivo, etc., y desde ahí se eleva, construye teorías y alcanza otros saberes hasta tocar a Dios y el origen de todo. Si no conociese la verdad, por ejemplo, confundiría las señales de tráfico, comería lo que no debo, etc. con el riesgo que eso conlleva para mi salud.

2. **Nos realizamos en la verdad.** Sin la verdad realizar la propia vocación humana es misión imposible. Solo en la medida en que conocemos la verdad del mundo, de Dios y de nosotros mismos resulta viable construir un proyecto de vida que nos conduzca a una auténtica realización de nuestras posibilidades, de nuestra vocación proyectando nuestra creatividad de modo eficaz. La verdad libera al hombre del error, no sólo teórico, sino del más importante, del error en la orientación existencial. A más verdad más posibilidad de realización y más posibilidad de creatividad. La verdad del hombre y su conocimiento son esenciales para culminar nuestra peregrinación en la existencia construyendo una meta personal alcanzable y plenificadora.

3. **La verdad es un fin en sí misma.** Poseer la verdad, aunque sea parcialmente, es una de las actividades humanas más gratificantes, somos seres que se gozan en la verdad. Es cierto que necesitamos la verdad 'para' hacer cosas y vivir, pero también es verdad que somos esencialmente contemplativos de la verdad y que, como ya descubría Aristóteles, contemplar la verdad del ser más excelso proporciona la mejor de las felicidades. La verdad es componente de nuestra plenitud y vía para alcanzarla. Todos tenemos experiencia del gozo que proporciona comprender un tema y resolver un misterio. Así p. e. para Sto. Tomás nuestra facultad superior es la inteligencia porque ella nos permite estar con Dios de manera pura y desinteresada, aunque durante esta vida el amor es más alto ya que si bien sólo conocemos un poco de Dios, conociendo ese poco, podemos amar a Dios

mismo, incluyendo todo lo que de Él todavía desconocemos, según el Aquinate el amar llega más lejos que el conocer, aunque este sea más puro.

Conocemos para amar y así ser en plenitud. El conocimiento del hombre no es una meta en sí mismo, está y colabora en función de la realización plena, de la felicidad de la persona. Nuestra capacidad de verdad nos permite realizarnos en todos los niveles, del más básico al más elevado, así podemos afirmar que: necesito conocer para sobrevivir, necesito conocer para proyectar y así realizarme, necesito conocer para amar y así realizarme en plenitud. El conocimiento está en función de la persona.

En qué consiste y cómo es posible nuestro vivir en la verdad es estudiado por la lógica (leyes formales del pensamiento objetivo), la bio-psicología (elementos neuronales y psíquicos que intervienen en el conocer con el desarrollo de las diferentes teorías cognitivas), la metafísica (en su capítulo de teoría del conocimiento) y la fenomenología. Además, claro está, de la antropología dónde abordamos las facultades que nos hacen posible conocer y el sentido de este conocer para la vida de la persona. Pero antes de seguir debemos preguntarnos: ¿qué es la verdad?

Noción de verdad

La verdad es adecuación, desvelamiento y donación. La verdad se suele definir como la ***adecuación*** de nuestra inteligencia con la realidad, es la realidad la que quita o da razón a lo que pensamos. Son nuestras ideas las que deben asemejarse a lo real, no decidimos nosotros lo que es verdad o no (a esto se le denomina idealismo). Por eso la verdad también es un ***desvelamiento*** de lo real que acontece en la inteligencia en nuestro encuentro con las cosas y su ser. En cierto sentido la verdad se nos revela, se nos descubre, se nos muestra, es como si ante la inteligencia se descorriese un velo. Por eso, aunque muchas veces la verdad supone una auténtica conquista y la inversión de gran esfuerzo, la verdad es primariamente donación de la realidad hacia nosotros, la victoria de la verdad consiste en abrirnos a esa donación, ya que, en el fondo, es la verdad la que nos posee y arrastra orientando el sentido de nuestra vida. Estos tres aspectos de la verdad, así entendidos, son complementarios y articulables entre sí.

Estados hacia la verdad: Conocer con evidencia y certeza

El hombre queda a veces en un estado de perplejidad o de **duda** ante la verdad, no tiene datos suficientes, debe seguir trabajando para alcanzar verdad y suspender el juicio. También los hombres formulamos **opiniones**, mejor o peor fundadas, para aproximarnos a la verdad. Otras veces conoce la respuesta a una cuestión con probabilidad, no sabe del todo, pero sí sabe que probablemente sea eso. Hay campos en que lo máximo que podemos obtener es la **probabilidad**, por ejemplo, cuando elucubramos sobre las intenciones de otra persona o cuando estudiamos los pronósticos de unas elecciones o una quiniela, a veces la probabilidad es muy alta como ocurre, por ejemplo, en la física contemporánea —especialmente desde Heisenberg— nos pide un asentimiento de este tipo. Sin embargo, hay puntos, no pocos, en que la verdad se nos da con seguridad: evidencia y certeza.

- La **evidencia** es esa luz patente y objetiva con que se nos impone lo verdadero, luz a la que no podemos resistir sin violencia. La evidencia es señal de la verdad. Las verdades primeras van acompañadas de gran evidencia, igual que las sencillas (2+2=4), desde las primeras evidencias se pueden ir derivando las verdades consiguientes de las primeras. También podemos lograr evidenciar verdades que estaban en penumbra mediante análisis, p. e.
- La **certeza** es el estado subjetivo en que quedamos cuando poseemos la verdad. Puede indicar la posesión auténtica de una verdad, pero también puede ocurrir que poseamos una certeza errónea, estemos ciertos, seguros, de algo falso. Seguro que nos ha pasado más de una vez y sabemos cuánto cuesta reconocerlo: reconocer que estábamos equivocados de algo que creíamos absolutamente seguro. La certeza subjetiva no es un criterio de verdad válido.

No es humano pretender tener de todo un conocimiento evidente, claro y distinto. Como tampoco es verdad que nos sea imposible alcanzar verdades con garantía de no estar en error, lo que nos protege del relativismo.

Vías de conocimiento

Para acceder a la verdad contamos con diferentes vías de conocimiento:

- Conocimiento **espontáneo**, a través de la propia experiencia.
- Conocimiento por tradición cultural, la cultura heredada me eleva y capacita para llegar más lejos. No tengo que estar revisando absolutamente todo con desconfianza (como propuso el espíritu crítico cartesiano), aunque tampoco debo recibirlo todo crédula y acríticamente. La cultura me envuelve y llena con su saber. Es el ámbito de las costumbres e ideas impersonales de cada pueblo, lo que estudió muy bien Heidegger con el *man* y Ortega con el "se" piensa, se dice, etc. Las vigencias y creencias sociales de Julián Marías. La tradición —que no debe ser confundida con el tradicionalismo— entregada al hombre es un tesoro de saberes y experiencias a profundizar y acrecentar. La tradición es esencial para historia de los pueblos y su crecimiento, y también resulta vital para la teología, pues la Revelación toma como vía de transmisión de su verdad una Tradición muy concreta.
- Conocimiento por **testimonio**, resulta esencial, por ejemplo, para el conocimiento de la fe, pero también es esencial para el conocimiento humano tanto en los temas más ordinarios y en otros más esenciales: damos credibilidad a la familia, en las relaciones interpersonales serias, aceptamos lo que el otro nos dice que viene atestiguado por la entrega y la fidelidad, las cuales confieren fiabilidad a la verdad que sus vidas nos testimonian. En los temas más sencillos aceptamos el papel del testigo que se supone veraz: un periodista, un científico: creo su testimonio con el que aumenta mi saber, aunque no les haga "probarme" paso a paso lo que me dicen.
- Conocimiento **científico positivo** con sus peculiares métodos y sistemas. Esta vía es importante, en su campo esencial, pero no podemos pretender que sea la única vía ni privilegiarla frente al resto.

- Razón y **amor**: el amor conoce cosas que la razón no es capaz de alcanzar, pues abre la razón a descubrir ámbitos de la realidad que sólo el amor posibilita captar. Por ejemplo, una mujer al enamorarse en serio descubre —no solo lo que hay en su novio— sino lo que este puede llegar a ser con verdad, el amor hace descubrir las posibilidades que hay en él, otra persona al mirar al mismo hombre, sin embargo, no será capaz de descubrir esa parte de su verdad; una madre ve la bondad de su hijo drogadicto, verdad real que otros no pueden ver pues no tienen el amor de madre. Este conocimiento es esencial para la verdad de las relaciones interpersonales y para una visión del mundo que supere el tecnicismo.

Apertura del conocimiento

El hombre está abierto a la verdad en toda la amplitud del ser: la inteligencia está abierta a todos los seres, y a toda su profundidad, a su fundamento, hasta tocar el ser pleno, Dios, pues nuestra apertura a la verdad es infinita, y esto en un doble sentido:

- **Extensivamente**: estamos abiertos a ampliar la verdad en extensión: somos capaces de conocer indefinidamente cosas y más cosas, tantas como sean. En este sentido el horizonte de la verdad es el horizonte del ser o de la realidad misma. Nuestra capacidad de conocer tiene el límite del tiempo, no nos da tiempo a conocerlo todo.

- **Intensivamente**: estamos abiertos a profundizar lo ya conocido. Nuestro conocimiento es parcial y siempre podemos profundizar. Además, en el fondo de lo real se puede llegar a tocar con Dios que es inagotable y siempre susceptible de ser conocido más y más. Por eso, p. e. en el cielo sería imposible aburrirse ya que nunca conocemos a Dios del todo, siempre habrá dimensiones de lo divino por explorar.

> *Cuando conocemos la verdad la conocemos de modo absoluto, pero no totalmente. Lo conocido es absolutamente verdadero, pero no es toda la verdad.*

Ya sabemos qué es la verdad, sus funciones en nuestra vida, las vías para alcanzarla, su extensión. Analicemos ahora el cómo contribuye el organismo a la verdad, es el tema implícito en la polémica mente–cerebro

Mente–cerebro

Saber cómo alcanzamos la verdad requiere captar la diferencia y articulación entre lo que aporta la corporalidad y la intelectualidad en el acto de conocer, sin olvidar que ambas son dimensiones de la única persona que somos.

La existencia del alma y su naturaleza espiritual se han puesto en juego en los interesantes debates contemporáneos acerca de la Inteligencia Artificial y, sobretodo, en el campo de la neurociencia con la distinción entre cerebro y mente: el peso ontoló-

gico que se les concede a cada uno y su relación mutua. ¿Son la mente y el cerebro dos realidades distintas?, ¿qué relación mantienen?, ¿es la mente el alma y el cerebro el cuerpo?, ¿es la mente un resultado del estado cerebral? En mi opinión este debate no puede aclarar la cuestión, que se debe abordar con la metodología propia de su objeto: antropología filosófica con un momento fenomenológico descriptivo y otro metafísico o de fundamentación. Esta tarea está por realizar con mayor detenimiento, sin dejarse llevar por las prisas para obtener de la ciencia conclusiones filosóficas. Sin embargo, este debate puede arrojar cierta luz sobre el problema.

(TA) Dentro de la polémica, incluso las posturas, como la de Eccles[41], más cercanas en apariencia a la defensa de la existencia del alma —Eccles, desde la neurología, sostiene que mente y cerebro son dos realidades distintas (dualismo) pues la mente no se puede reducir al cerebro con su actividad neuronal— pueden leerse desde la filosofía de modos distintos. Así, admitir la mente como realidad en sí y distinta del cerebro no implica necesariamente admitir un alma espiritual, p. e. podría ser interpretada como el tipo de actividad psíquica que indica Scheler y que es distinta e inferior del espíritu personal (*nous*). Para algunos partidarios de la mente como independiente del cerebro, en cambio, descubrir la realidad propia de la mente implicaría el descubrimiento de la realidad del alma espiritual. Si bien la mente parece apuntar hacia el alma, nunca el alma se superpone con la mente, recuérdese que tan del alma vendría la actividad cerebral como la mental. No olvidemos que de la observación científica se obtiene ciencia positiva, no filosofía; la filosofía debe escuchar los resultados, los datos, y filosofar en coherencia con sus propios métodos. De la ciencia sólo saldrá la filosofía que previamente haya uno introducido en ella con lo que no será ciencia estricta ni filosofía estricta, este tipo de confusiones deben ser evitados (cf. Tema 01).

Por eso considero de interés conocer las posturas fundamentales del debate. Téngase en cuenta que en esta discusión cambia el significado de los términos respecto a la disputa sobre la relación cuerpo-alma. Ahora no se discute la unidad de la persona sino la realidad o carácter inmaterial de la mente (actividad psíquica) frente al cerebro (actividad neuronal). En este contexto 'monistas' son los que identifican, de un modo u otro, la mente con el cerebro y dualistas los que sostienen que actividad cerebral y actividad mental son dos actividades realmente distintas que responden a dos principios diversos y reales.

Las posturas se pueden esquematizar así:

1. **Monismo materialista**: mente y cerebro se superponen hasta el punto de que son una única realidad física y una única actividad, siempre de carácter material. Hay distintos acentos entre sus defensores.

   (TA)

   a. **Monismo fisicalista**: mente y cerebro son lo mismo en sentido fisiológico. Curiosamente son anti-darwinistas.
      - I. Feigl en sentido físico, son lo mismo de modo rotundo y plano.
      - D. Amstrong: teoría de la identidad fisiológica o funcional, biológica.
      - M. Mackoy: su teoría ve los estados mentales como estados físicos

   b. **Homo cyberneticus**: el hombre es leído como un robot complejo (Mc Corduck), una especie de súper máquina. Quizás la diferencia entre el software con sus estados y el hardware con los suyos pueda ayudar a entender la diferencia entre mente con sus estados y cerebro con los suyos.

41. Neurólogo, premio Nobel en medicina.

Crítica: estas posturas ignoran fenómenos tan humanos como que nuestro tipo de memoria es selectiva, o la realidad de la conducta ética, estos dos fenómenos quedan inexplicados e inexplicables desde este planteamiento. El hombre no se puede reducir a cálculos computacionales.

2. **Emergentismo**: la mente "emerge" del cerebro.

   a. **Emergentismo materialista-monista**: añade al anterior la consideración evolutiva del cerebro humano mediante saltos genéticos. Estos saltos harían emerger de la pura materia el cerebro y de este su actividad mental. La mente se sigue identificando con el cerebro, pero a un nivel estructural superior, no en el plano biológico, pues ahora la actividad mental no es idéntica a la identidad mental, sino como actividad emergida, diversa, pero siempre material e inseparable de esta. Es el caso del filósofo de la ciencia argentino M. Bunge. Para él el emergentismo es una fe y un programa. Resulta evidente la simplicidad de la postura monista, era necesario una huida hacia adelante para dar cuenta de la diversidad de fenómenos que aparecen entre lo medible biológicamente y lo medible mentalmente, aun así, el principio básico es el mismo y adolece de las mismas insuficiencias.

   b. (TA) Otra variante es el llamado emergentismo humanista para el que la conciencia o mente es un estado sistémico. Valora la conciencia como manifestación unitaria de lo más humano y personal frente a otros seres materiales, pero esta conciencia es reducida a mero estado sistémico y por tanto material, por lo tanto, no escapa del reduccionismo y adolece de una petición de principio.

   c. X. Zubiri en su explicación de la evolución y el surgimiento de la psique en cada individuo formula la hipótesis filosófica del **emergentismo espiritualista**. Según él la materia en su dinamismo da de sí estructuras que reclaman, y de las que emergen, algo distinto: el espíritu, una realidad esencialmente nueva y espiritual. Lo espiritual surge "emergiendo" desde y por las estructuras materiales. Este emerger requeriría una presencia y acción intrínseca y a la vez trascedente capaz de aportar la novedad de la vida espiritual. Abordaremos esta causa trascendente al tratar el origen del hombre.

3. (TA) **K. Popper: del emergentismo conjetural al dualismo**. Este filósofo de la ciencia y de la política —conocido por sostener el positivismo materialista del Círculo de Viena y por sus teorías sobre la democracia y la sociedad abierta— acaba por sostener conjeturalmente que la mente es una actividad distinta del cerebro, que emerge desde él. Pero en un segundo momento, desde su filosofía de la realidad, se abre a una postura netamente dualista. Para él es real todo aquello cuyos efectos son constatables en el Mundo 1 (el mundo de las realidades físicas). Inicialmente admite la realidad del Mundo 2 (subjetividad, el mundo del sujeto) ya que el hombre causa efectos constatables en el Mundo 1, pero reusaba conceder realidad al Mundo 3, compuesto por todo aquello que solemos agrupar como actividades mentales o del alma (ideas, creencias, ideologías, religiones, etc.). Pronto constata que lo mental cambia eficazmente el Mundo 1 a través del 2, luego en rigor el mundo 3 debe ser tan real como su efecto en el Mundo 1. Esto le llevó a pasar de una postura polémica con Eccles, a un acuerdo en lo fundamental. Es interesante su postura por proceder de las filas del positivismo cientificista.

4. **Dualismo interaccionista**: Penfield y Eccles, además de la realidad neuronal del cerebro, afirman la realidad de la mente o conciencia; la existencia del yo como realidad dinámica, como un sujeto que posee al cerebro y que es capaz, aunque

no sea de modo total, de autoconciencia. Eccles argumenta desde la fisiología y la neurología a favor de que la mente es un principio real distinto del cerebro, pues:

a. No hay neuronas específicas que desarrollen la unidad consciente ni la imagen retiniana, luego esa unidad en la complejidad requiere otro principio no cerebral: la mente.

b. La espontaneidad de movimiento voluntario y de las decisiones implican un principio capaz de actuar en sentido inverso al neuronal, de la mente al cerebro y no sólo de las neuronas a la mente.

c. El fenómeno constatable de la memoria selectiva y el reconocimiento. El cerebro solo no es causa suficiente para explicar por qué recordamos unas cosas sí y otras no, porqué reconocemos.

d. La existencia del 'tiempo de Libet', que mide la no inmediatez entre la sensación cerebral y la toma de conciencia de la misma o percepción. La existencia de este micro intervalo de tiempo exige la distinción entre lo cerebral y la instancia de la consciencia o mente, pues si no todo debería ser inmediato y el tiempo de Libet no existiría.

   (TA) Este tiempo es medible y normalmente imperceptible para el hombre, pero en circunstancias extremas (agotamiento, estrés, dolor por una pérdida familiar) ayuda a entender el porqué de fenómenos como el dejà-vu —el tiempo de Libet se alarga por lo que la conciencia de una sensación presente vendría acompañada simultáneamente con el rasgo de algo que ya pasó, de ahí nuestra sensación: estoy que estoy viviendo ya lo he vivido antes— y la presentación como actuales de sensaciones guardadas en la memoria —un olor, una imagen, una voz recordada se reviven con tal viveza que la consciencia las toma como presentes aunque son pasadas—.

En conclusión, recuerdo lo dicho al principio: esta discusión nos ayuda a pensar, da que pensar, pero no supone una demostración científica de la existencia del alma. A lo sumo muestra la existencia de dos instancias que interaccionan en nuestra actividad consciente: cerebro-neuronal y mente. Dilucidar si la mente es el alma y si su naturaleza es espiritual es tarea que excede a la ciencia y corresponde a la filosofía, es lo que hemos hecho en el tema anterior.

Filosofía de la inteligencia

Estar en la verdad, en la realidad, es una acción que pone en juego nuestra corporeidad y nuestra espiritualidad en una actividad que trasciende lo particular y concreto y se eleva a la esencia, a lo universal y permanente, mediante el concepto, pero sin dejar atrás cada cosa real y volviendo una y otra vez a las cosas mismas. El hombre conoce lo particular descubriendo lo universal presente en ese particular. El hombre puede abstraer y formular verdades universales y puede así captar, intuir, sumergirse en la esencia de cada realidad individual. Este conocimiento es abierto extensivamente: puedo conocer más realidades, estoy abierto a toda realidad, y también es abierto intensivamente: puedo conocer mejor lo que ya conozco pues mi conocimiento es parcial y puede mejorarse, nunca agoto la totalidad del saber. Este conocimiento trasciende, sin dejar atrás, la materialidad presente en el conocer por la aportación de la sensibilidad.

Esta unidad articulada en nuestro conocer se ha perdido muchas veces en la historia del pensamiento creando multitud de problemas. Así, p. e., Platón, Descartes, Hume o Kant intentan unir la aportación de los sentidos con la de la inteligencia sin lograrlo satisfactoriamente, quizás porque antes de su análisis tienen el prejuicio de la separación absoluta entre ambas capacidades sensitiva e intelectiva. Sus posturas serán estudiadas en Historia de la filosofía y en Teoría del conocimiento.

Quizás quienes con mayor fuerza han subrayado la unidad en la acción de conocer de lo sensible y lo inteligible hayan sido Aristóteles, Tomás de Aquino y Zubiri, cada uno desde su propio filosofar. Vamos a detenernos un poco en los análisis de estos dos últimos. Se trata de análisis muy finos de algo que es unitario, no se trata de fragmentar el conocer en piezas para recomponerlo; se trata más bien de ver la riqueza de elementos que colaboran en su intrínseca unidad de acción de conocer sin romperla; del mismo modo que una frase tiene significado como un todo y no tiene sentido romperla en fragmentos, pues es ella el todo que transmite el mensaje, y no podemos pararnos a mitad, lo mismo en el acto de conocer: miramos sus elementos, pero es el todo único y simultáneo el que aporta la verdad. No se trata de un proceso, sino de descubrir los elementos necesarios para cumplir la acción de conocer

Tomás de Aquino y el conocer

Para Santo Tomás la acción de conocer es una y para que se realice, para que se dé la verdad como esa adecuación entre nuestro entendimiento con la realidad, dicho de otro modo: para que se actualice la presencia de la realidad en la inteligencia, se requiere la cooperación de la facultad cognoscitiva sensible con la facultad cognoscitiva inteligible (con sus dos dimensiones: inteligencia activa que abstrae e inteligencia pasiva que retiene y conoce). Esta cooperación se da en un círculo riquísimo de interrelaciones indisociables. En el conocimiento humano la facultad superior (inteligencia) determina y transfunde la inferior (sentidos), que van unidos pues ambas son facultades de un único sujeto que ejercita una acción[42]. Para Santo Tomás de Aquino el hombre conoce lo particular en su esencia mediante el concepto. El concepto es universal y abstracto. Para lograrlo se necesitan dos momentos cognoscitivos:

1. la abstracción del concepto universal desde la imagen de la cosa que la sensibilidad aporta (lo que llaman paso de la especie expresa sensible y concreta al concepto o esencia) y
2. la conversión o regreso desde la esencia o concepto a esa imagen o representación (fantasma), sensible y material.

No se trata de un proceso temporal sino del análisis de la única acción de conocer instantánea y acabada, se trata de descubrir las aportaciones propias de las diferentes facultades. Pongamos un ejemplo: al percibir a, p. e., "Toby", el perro labrador de mi hermano (imagen sensible de Toby elaborada gracias a mis sentidos), capto en él su esencia o concepto: "naturaleza de perro", abstracción, con mayor o menor precisión: esencia de "perro labrador", o a lo peor tan solo: "perro"; y en esa misma acción vuelvo sobre la imagen sensible, descubriendo que esa esencia "perro labra-

42. Cf. Santo Tomás de Aquino, STh I q77 a7.

dor" es real en Toby. De este modo no solo tengo un conocimiento sensible, tipo animal no humano como el que tendría otro perro acerca de Toby, sino un conocimiento humano que ha captado la esencia de la realidad en cuestión como aplicable a muchos (universal) a la vez que la reconoce en este particular: veo y conozco a Toby el perro labrador de mi hermano, con su esencia propia y su posible formar parte de una especie más amplia.

(TA) La consecución de la imagen de la percepción se logra mediante la colaboración de los sentidos orgánicos (exteriores e interiores) y los sentidos internos. Hoy sabemos que el órgano clave de la sensibilidad es el cerebro.

1. Sentidos orgánicos: Tienen sus umbrales, su ley de sinestesia, su ley de energía específica (Müller), sus límites absolutos y sus márgenes diferenciales. Un ejemplo clásico: si nos frotamos un ojo tenemos una sensación visual, eso sí, muy poco agradable.
   a. Los sentidos exteriores aportan eso: datos exteriores (bien objetivos: vista y oído, bien afectivos: tacto, gusto y olfato). Zubiri dirá que la vista aporta el carácter de presencia ante, el oído el carácter de noticia, el tacto el carácter de firmeza, el gusto de sabor y el olfato de ausencia, como rasgos que acompañan a la realidad conocida.
   b. Entre los sentidos interiores destaca:
      - La cinestesia que mediante los propioceptores aportan el sentido del equilibrio y el movimiento
      - La cenestesia que mediante interoceptores nos dice el estado en que nos encontramos, nuestra visceralidad.

   Todos estos datos que son de la realidad, no son nunca datos en el sentido del puro estímulo que tendrían en un animal.
2. Sentidos internos. Santo Tomás descubre además 4 sentidos internos, a modo de funciones internas que realiza nuestra sensibilidad, que amplia, organiza, selecciona, localiza espacial y temporalmente, y aprecia (valora sensiblemente) lo que sentimos con los sentidos ya enumerados, así:
   a. Tiene que haber un "**sentido común**" que realice la primera síntesis sensorial (organización primaria) de todos datos obtenidos: los sensibles propios, también llamados cualidades secundarias, de cada sentido exterior o interior, y de los sensibles comunes, llamados cualidades primarias, que son comunes a varios de esos sentidos. El sentido común los siente como pertenecientes a la misma cosa, los distingue y agrupa y por eso supone una primera conciencia sensible que siente el número, la figura, el movimiento y la cantidad del objeto percibido.
   b. Además, tenemos "**fantasía**", o "**imaginación**", que representa, puede anticipar y completar lo percibido, y que además puede ser creativa. La imaginación resulta vital para el arte, para la ciencia y la construcción del futuro imaginado y deseado. Quizás por esta importancia ha sido uno de los sentidos internos que ha conservado su importancia en autores que han desestimado otros, así es muy valorada por Spinoza (racionalista), Kant (ilustrado) concede un papel de bisagra en el conocimiento a la imaginación trascendental, Bergson (vitalismo) también la estima y tanto en el existencialismo como en la fenomenología es estudiada abundantemente, así para Sartre y Merlau-Ponty es principio de estructuración y está en la base de la libertad originaria del sujeto.
   c. La "**memoria sensible**" conserva las imágenes, permite la captación del tiempo, se especializa en próxima y remota, tiene una dimensión asociativa y es imprescindible para construir la identidad personal, en este sentido los hombres somos memoria. Es esencial en el aprendizaje (Paulov) y en la adquisición de hábitos. Además de la memoria como sentido, está la memoria motora (movimientos p. e. lo que permiten el habla), la memoria

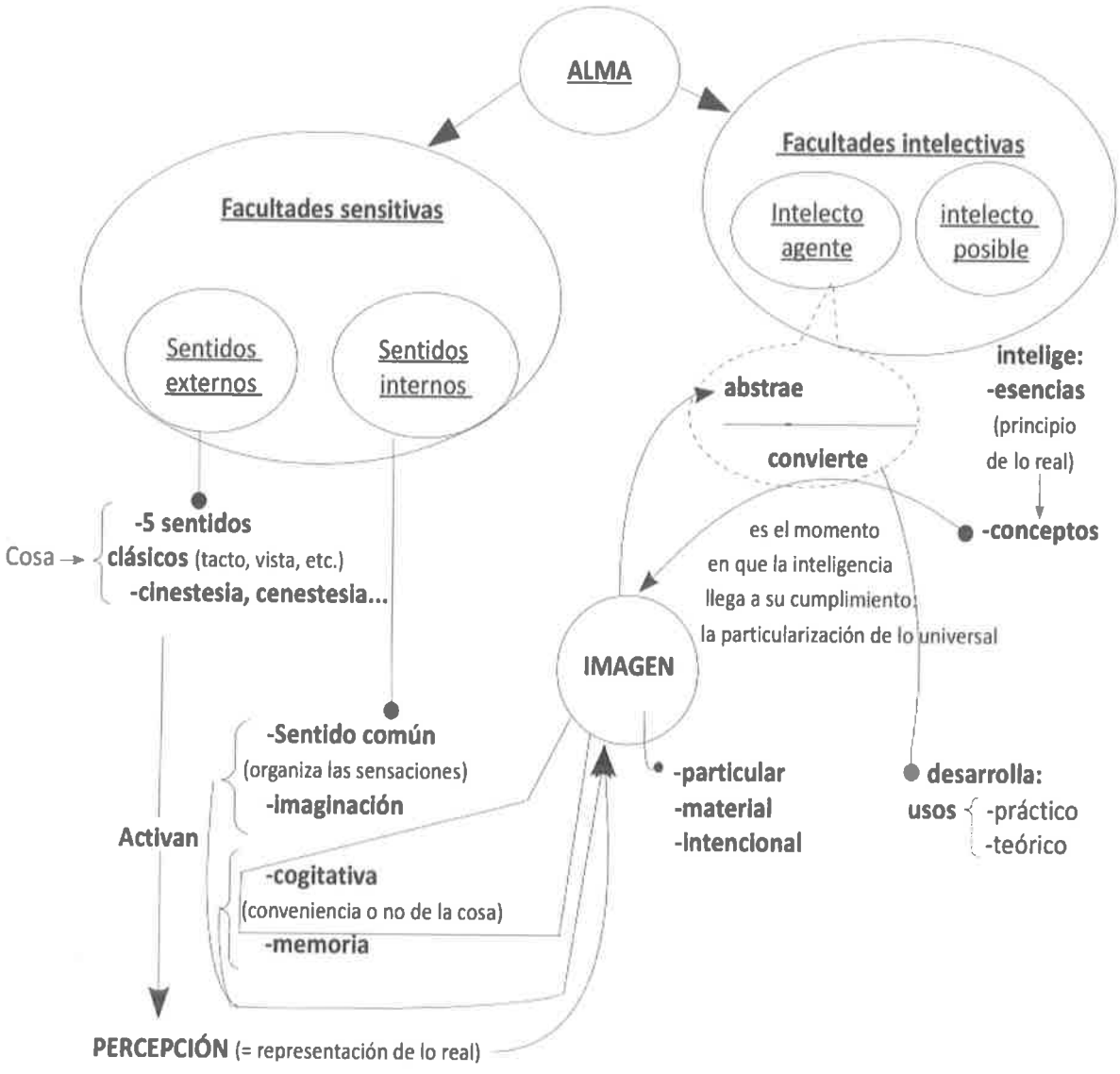
mental y la memoria pura más personal y experiencial. San Agustín en sus Confesiones usa la vía de la memoria para remontarse a Dios.

d. Además, siento la cosa percibida en relación a mí como buena, o la estimo como peligrosa, como algo de lo que huir o algo que buscar. Esta función, que implica lo que los psicólogos llaman organización secundaria de la percepción requiere el funcionamiento de lo que Santo Tomás de Aquino llama "**cogitativa**" o estimativa.

Todas estas funciones, algunas de las cuales han sido corroboradas por la Gestalt, muestran la insuficiencia de los sensismos (solo hay sensaciones, no percepción ni concepto) y de los asociacionismos (solo hay asociación de sensaciones elementales). Ya en el nivel de la percepción realizamos tareas más complejas.

Este cuadro de C. Cubillo sintetiza el dinamismo del acto de conocer según la visión de Tomás de Aquino, al que he actualizado ligeramente incorporando algunos sentidos interiores desconocidos en su época y algunas aportaciones inspiradas en X. Zubiri.

EL CONOCIMIENTO SEGÚN SANTO TOMÁS



El fruto o aportación de la sensibilidad al conocimiento es la percepción del particular. Santo Tomás de Aquino lo denomina especie sensible expresa o fantasma (de fantasía), es una imagen material sensible sobre la que aún es necesario que actúe la inteligencia para que haya conocimiento.

La inteligencia con su dimensión activa (intelecto agente) actúa sobre el fantasma y "abstrae" la esencia de la cosa, la desmaterializa prescindiendo, dejando de lado, lo particular. Es un sumergirse en lo esencial presente en la imagen. El intelecto agente la imprime en la inteligencia (en su dimensión pasiva o intelecto paciente) para conocerla. Esta acción se denomina simple aprehensión. Por ella obtenemos el "concepto" que es total, permanente y universal, a diferencia de la imagen sensible que es parcial, variable y particular.

Gracias a la inteligencia "leemos dentro" (*intus-legere*) de lo sensible lo esencial. Se logra así el concepto o "especie inteligible expresa" que, en un movimiento de retorno, el intelecto reconoce presente en la imagen sensible o fantasma (*conversio ad fanthasmata*). Es así como conocemos el particular en cuanto particular penetrando en su esencia. Nuestra inteligencia no se queda en el mundo de las ideas y conceptos. Su acción culmina volviendo a lo particular y concreto que tenemos delante, pero con la ganancia de su verdad esencial en la mochila.

Juicios, razonamientos y ciencia

Con base en el concepto la inteligencia realiza los juicios y racionamientos, cuyas leyes estudia la lógica. En los juicios nos comprometemos con la verdad de las cosas y su realidad. En sentido estricto la verdad se da plenamente en el juicio. El razonamiento permite a la inteligencia ir avanzando paso a paso, de lo sabido a lo aún no sabido, de lo ya sabido a lo mejor sabido todavía.

(TA) Se suelen distinguir tres tipos de razonamientos:

- Inducción o epagogé: paso de lo particular a lo universal.
- Deducción o anagogé: paso de lo universal a sus casos particulares.
- Abducción o apagogé: descubrimiento razonable de una hipótesis desde lo ya sabido, que posteriormente hay que verificar mediante inducción y deducción. Esta tercera es crucial en la realización y avance de los descubrimientos.

Con sus propios campos de estudio (objetos de saber), su formalidad propia o perspectiva (objeto formal) y métodos adecuados, se construyen las ciencias, que sistematizan y argumentan con raciocinios el saber en cada área.

El logro de la inteligencia es lograr que el hombre viva en la verdad, que viva en la realidad, no sólo en un campo de estímulos cerrados. Gracias a ella la realidad está intencionalmente presente en nosotros, en nuestra inteligencia, y nosotros estamos en la realidad. Por eso tenemos mundo de vivencias y no sólo un hábitat limitado de sensaciones. Es maravilloso cómo cooperan en la complejidad del conocer todas estas capacidades sensibles e inteligibles, cada una dominando en algún momento de la acción de conocer.

X. Zubiri y el conocer

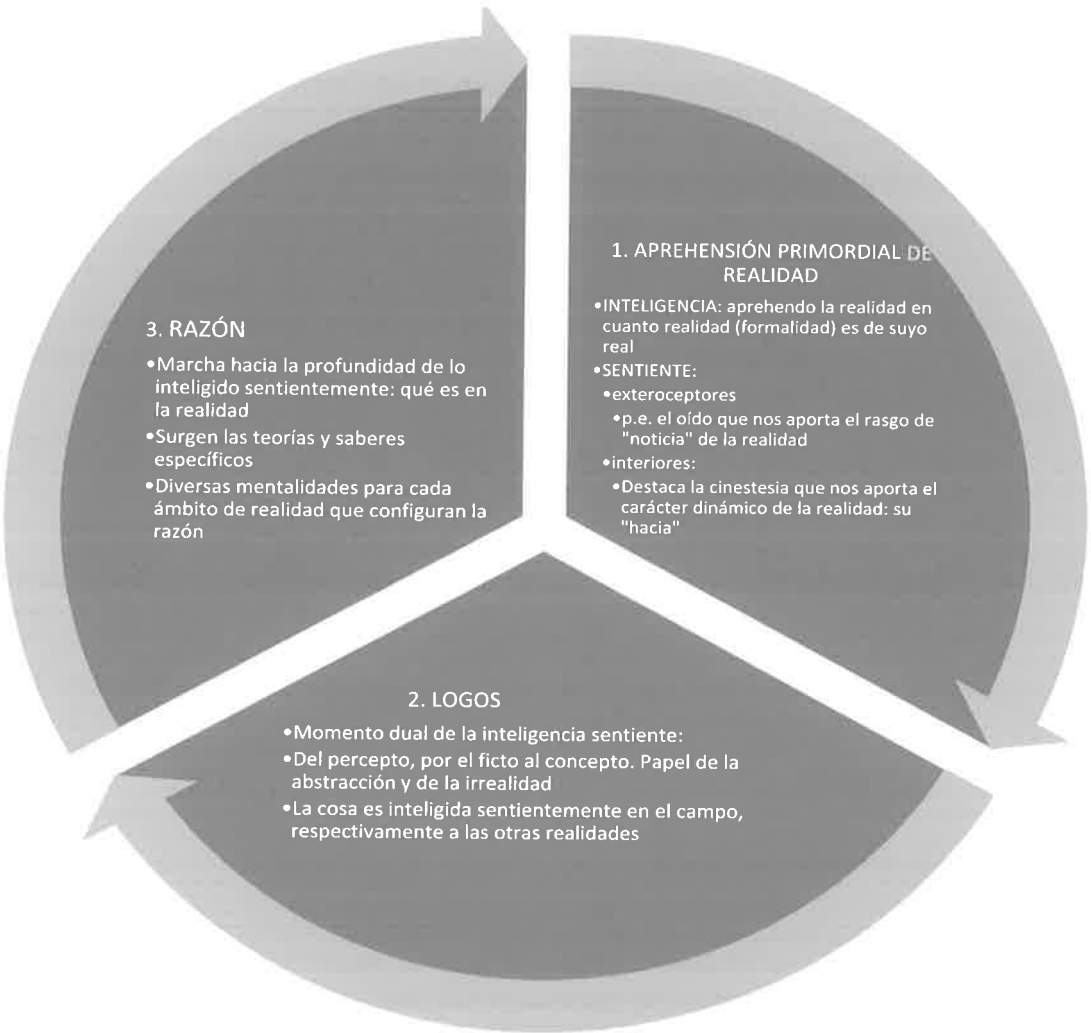
La teoría de **Zubiri** afirma con mayor fuerza y claridad la unidad de los sentidos y la inteligencia al conocer, unidad que él considera un hecho constatable desde el inicio. Para él tendríamos una facultad única: inteligencia-sentiente o sentir-inteligente,

pues sentidos e inteligencia no serían en sentido estricto facultades (como para Santo Tomás de Aquino) porque por sí solas no están capacitadas para culminar su acto propio, la una requiere de la otra para poder realizar su acto y viceversa. Habría, pues según X. Zubiri, una facultad con dos contribuyentes a la acción cognoscitiva. Por eso X. Zubiri afirma que sentimos la realidad, que la metafísica comienza en la sensibilidad.

(TA) Su punto de partida es muy distinto del de Santo Tomás de Aquino: realiza un análisis con método fenomenológico (descriptivo) del conocimiento en su primer momento, la aprehensión primordial de realidad. Desde ese análisis propone su propia filosofía de la inteligencia, que en los ámbitos especializados se denomina noología. Si bien este planteamiento es radicalmente distinto del de Santo Tomás de Aquino no deja de ser relevante que coincidan en puntos tan esenciales como la articulación originaria entre sentidos e inteligencia, si bien, para X. Zubiri la propuesta de Tomás sería defectuosa por no unirlos suficientemente y esto debido a un análisis defectuoso.

Tan sólo ofrezco un diagrama de cómo se desarrolla el conocimiento a partir de la Aprehensión primordial de realidad, otras de sus aportaciones las he incorporado en lo dicho anteriormente.

Los 3 momentos del entender según Inteligencia Sentiente de X. Zubiri:



Uso práctico de la inteligencia

Además del uso teórico o contemplativo de la inteligencia hacemos un uso práctico o moral. Por la inteligencia conocemos además de la verdad teórica la verdad práctica: lo que es bueno o malo conforme a nuestro ser personas. Esta dimensión es conocida como Inteligencia práctica y con ella aprehendemos los bienes, realizamos juicios de conveniencia de un bien con nuestra persona, consideramos los diversos medios para lograr ese bien, deliberamos sobre cuál es el mejor y los ordenamos y clasificamos, si bien la inteligencia práctica culmina no con un estar en la verdad sino con una decisión de la voluntad. La decisión es libre y nunca se puede deducir desde lo razonado, eso sí el uso práctico de la razón permite que nuestras decisiones participen de la luz y no sean ciegas, ayudándonos a realizar nuestra plenitud.

Mentalidad e ideología

El uso que vamos haciendo de nuestra capacidad de verdad va decantando en nosotros mentalidades. Una mentalidad es una forma habitual de mirar la realidad. Puede ser profesional, científica, artística, jurídica, creyente, budista, occidental, latina, etc. Una misma persona puede tener varias mezcladas. Ser conscientes de nuestra mentalidad nos ayuda a ampliar horizontes y dialogar. Dos ejemplos: 1) un dentista, por su mentalidad cuando salude a alguien tenderá a juzgar el blanco de sus dientes, las caries, el costo que conllevaría arreglar esa boca, etc., sin exagerar, eso sí; 2) un militar puede tener la tentación de organizar la vida familiar con esa misma mentalidad.

Ideología: Encerrarnos a sabiendas en una mentalidad y juzgar todo bajo unas premisas injustificadas puede degenerar en ideología. En la ideología no estamos abiertos a la verdad, sino que intentamos manipular la realidad para que dé razón a nuestra idea o mentalidad.

El choque de mentalidades es ocasión de abrir horizontes y ampliar nuestro conocimiento de la realidad y de nosotros mismos. No olvidemos que no hay mayor prejuicio que el de aquél que cree que no tiene prejuicios. Cada mentalidad e ideología van generando esquemas de pensamiento y formas de habla que refuerzan su perspectiva sobre la realidad.

(TA) Los hábitos de los primeros principios. Además de las mentalidades en que se va configurando la inteligencia de cada ser humano al habituarse a mirar la realidad desde unos ángulos concretos en su biografía, tenemos unos hábitos en la inteligencia que son innatos. Estos hábitos vienen "de fábrica", no son adquiridos, porque consisten en la misma forma de funcionar de nuestra inteligencia. Se denominan primeros principios y tenemos dos, uno para el uso teórico de la inteligencia: el principio de no contradicción (nada puede ser y no ser a la vez y bajo el mismo aspecto) y otro que orienta el uso práctico o moral de la inteligencia: haz el bien y evita el mal, este se llama sindéresis. Los primeros principios orientan la inteligencia y permiten hacer avanzar el conocimiento. La falta de su uso adecuado puede ir provocando su oscurecimiento. Esto comporta graves consecuencias. Así quien no admita el principio de no contradicción queda cerrado a la verdad, aislado en el relativismo de lo contradictorio. Quien por su parte obre a sabiendas el mal puede hacer que la luz de la sindéresis no ilumine su obrar dañando mucho sus posibilidades de realización, piénsese por ejemplo en la visión del asesinato que pude tener un terrorista, este no solo justifica falsamente su actuación, sino que además queda ofuscado para el bien y en consecuencia para su felicidad y plenitud.

Pensamiento y lenguaje

El filósofo Steiner definió al ser humano como ***Homo loquens***, en su obra *Extraterritorial* afirma que el lenguaje es lo que nos diferencia de otros seres animados; además, y es cierto, el silencio entre seres humanos nos destruye. Somos el ser que habla. Esto es así porque somos seres expresivos, hasta podemos definir nuestra corporalidad como la persona expresa, como nuestro mismo ser dándose en expresión y presencia corpórea en el mundo a los demás. En cierto sentido todo en nosotros se mueve en ese campo entre el comunicar y el guardar veladamente en la intimidad. La palabra es un don esencial del ser humano que también nos define. El lenguaje en su íntima relación con el pensamiento pone de manifiesto como nuestra capacidad de verdad está esencialmente ligada a la interpersonalidad, a la dimensión social. El pensamiento es en el hombre puerta de comunicación y comunión. Ya desde una primera mirada a nuestra capacidad lingüística podemos subrayar tres aspectos importantes:

1. La persona es expresiva y el lenguaje es el cauce principal de nuestra **natural expresividad**.

2. **El lenguaje no tiene por modelo el lenguaje lógico y técnico, es mucho más amplio**. Aunque dentro del lenguaje la forma más elevada, rica y compleja es el habla, esto no supone olvidar otras formas, unas más elaboradas, es el caso del arte como forma de expresión, piénsese, p. e. en un cuadro, una sinfonía, etc., o el lenguaje corporal y el lenguaje gestual que nos acompaña al hablar y que están físicamente muy próximos al lenguaje hablado. Dentro del lenguaje, hablado o escrito, no tiene prioridad el lenguaje científico sobre el poético, etc. son distintos y no están jerarquizados. La verdad se expresa y transmite en diversos cauces expresivos, uno es el lógico, otro el matemático, otro el poético, otro el lenguaje filosófico, cada uno apto para el campo de su uso particular.

3. El lenguaje manifiesta la esencial **versión interpersonal del hombre**. Un gesto, una frase, una carta, siempre hacen referencia al destinatario, al interlocutor que acoja el mensaje y lo haga suyo. Por eso decía Steiner que el silencio nos destruye. Un lenguaje sin interlocutor es un absurdo.

(TA) Parece que también los animales se comunican. ¿Qué es el lenguaje animal? Es verdad que muchas especies han desarrollado formas de comunicación, algunas muy ricas y sorprendentes. Sin embargo, su lenguaje es esencialmente distinto del humano, veamos algunas diferencias esenciales debidas a nuestro ser espiritual:

1) El lenguaje animal es instintivo mientras que el lenguaje humano es producto cultural y convencional que se construye gracias a una capacidad natural que está abierta a multitud de posibilidades y a la creatividad gracias a nuestra dimensión espiritual. Por eso tenemos que aprender el idioma.

2) El signo que usa el animal representa siempre un único y mismo contenido. En cambio, los signos del lenguaje humano son convencionales, los podemos modificar a nuestro arbitrio hasta el punto de tener varios signos para un mismo contenido (homonimia) o poder transmitir con un signo diversos mensajes (polisemia), además somos capaces de simbolizar, realizar iconos que trascienden hasta la belleza divina y construir metáforas y mitos de alcance y fuerza insospechados.

3) El contenido que transmiten los animales consiste en sus estados orgánicos individuales en relación al medio en que se encuentran. Las personas además hablamos de objetividades,

tratamos de la realidad en sí misma, independientemente de nuestro estado orgánico. Somos capaces de transmitir todo tipo de información, por ello el lenguaje humano realiza varias funciones:

a. Función objetiva: exterior, estado de las cosas, datos científicos, filosofía, economía, etc.
b. Función expresiva o subjetiva: expresamos nuestro estado anímico, nuestra intimidad.
c. Función directiva e imperativa: transmitimos y expresamos indicaciones, órdenes, deseos.
d. Función poética: creamos belleza en el lenguaje mismo.
e. Por último, podemos hablar con nuestro lenguaje sobre el lenguaje en cuanto lenguaje, es lo que hacen el gramático, el filósofo del lenguaje y el hermeneuta, esta función se llama metalenguaje.

4) Los lenguajes animales cuentan con un conjunto fijo de signos y un número limitado de mensajes, cuyo número y complejidad cambia según las especies. Pero por complejo que este sea, su número es siempre es finito. Así ocurre con el lenguaje del rastro químico de las hormigas para orientarse, el movimiento de las abejas para informar de la situación exacta de las flores y su estado, o el lenguaje de los delfines. Nosotros sin embargo podemos expresar con el lenguaje prácticamente todo, nuestra capacidad comunicativa es ilimitada y para comunicar podemos usar lenguajes escritos, de signos físicos, icónicos, idiomas hablados que marquen las diferencias semánticas por medios silábicos, de entonación o como el nuestro. La variedad es increíble y está abierta a nuevas posibilidades, creamos lenguajes, claves, como, p.e. los lenguajes de programación.

Veamos ahora cuál es la relación entre pensamiento y lenguaje. Ambos están estrechamente unidos. De hecho, experimentamos dos cosas. Por un lado, parece que lenguaje y pensamiento son indisociables, e incluso que se identifican: no pensamos sin lenguaje, soñamos en nuestro idioma, cuando mantenemos un diálogo interior con nosotros mismos lo hacemos en nuestro idioma, la palabrota que contenemos en un momento de ira tiene un idioma determinado, aunque no llegue a proferirse en voz alta. El lenguaje mental, el pensamiento, se corresponde con el lenguaje hablado y escrito. Pero por otra parte tenemos experiencia de la diferencia entre ambos. Así cuando alcanzamos el bilingüismo al aprender con perfección otra lengua, cuándo ya pensamos con ella, comprobamos que nuestro pensamiento se ensancha y enriquece, es como si viésemos el mundo con una nueva riqueza de matices, nos damos cuenta de que traducir de un idioma a otro, siendo posible, sin embargo es casi irrealizable con exactitud incluso entre lenguas muy próximas, de ahí el refrán: «traductor, traidor»; también la posibilidad de la mentira (o de la discreción) pone de manifiesto la distinción entre lenguaje y pensamiento pues podemos negar con las palabras lo que pensamos sin que los demás lo noten. Pensamiento y lenguaje ¿son lo mismo?, y si no: ¿cómo se relacionan?.

¿Identidad? El conductista Watson sostuvo que el pensamiento es la misma cosa que su manifestación lingüística, para su teoría psicológica no existen aspectos anímicos, sino tan solo los mecanismos fisiológicos controlables de la conducta; en consecuencia, pensamiento y lenguaje se identificarían. Pero esto haría imposible la mentira o la discreción, el no decir todo lo que se piensa. *Luego pensamiento y lenguaje no se identifican.*

¿El pensamiento depende del lenguaje? Es la propuesta de E. Sapir. Desde niños aprendemos un lenguaje que nos incrusta todo un bagaje cultural determinado que configura nuestra mentalidad, nuestro modo de pensar: haber aprendido a hablar en castellano configura mi mentalidad, distinta de la de un esquimal o un

tuareg del desierto. Si bien aquí hay una parte de verdad si se absolutiza se llegaría a un relativismo cultural y un relativismo lingüístico, en última instancia la verdad no sería alcanzable ni compartible entre personas de diverso idioma (habría la verdad de los que hablan español, la verdad de los que hablan esquimal, etc.). De la verdad de esta influencia surge el interés de las ideologías (por ejemplo, la ideología de género o el transhumanismo, o las ideologías políticas) por manipular el lenguaje y las palabras para dirigir el pensamiento y la forma de ver la realidad (así, p. e., no se piensa igual si al aborto se le llama interrupción voluntaria del embarazo, o si las personas tenemos género en vez de sexo). Sin embargo, el hecho de la traducción y aprendizaje de otras lenguas desde la propia niega que esta dependencia sea absoluta. Luego *el pensamiento es influido por el lenguaje, pero no determinado en sentido absoluto.*

¿El lenguaje depende del pensamiento? Los estudios de psicología evolutiva realizados por J. Piaget mostraron que según se desarrolla la capacidad intelectual del niño aumenta su capacidad lingüística. Solo al ir madurando su cerebro y su mente, el niño va siendo capaz de mejorar su lenguaje. Pero este hecho debe compaginarse con lo dicho en el punto anterior.

Conclusión: interdependencia graduada entre pensamiento y lenguaje. ¿Qué queremos decir?

> *Lenguaje y pensamiento son inseparables; de hecho, no hay uno sin el otro.*

Por un lado, reconocemos que el pensamiento es posibilitado e influenciado por el lenguaje, y desde él por la cultura que se incrusta en nosotros a través del lenguaje. Sin lenguaje no hay pensamiento. Hasta la hipótesis del niño que –al menos con otro, pues un niño salvaje aislado hasta los dos años, cruel experimento realizado, no habla y su cerebro en lo que se refiere a la región del habla no se desarrolla– crece abandonado tras un accidente en una zona aislada de la civilización, implicaría la creación de un lenguaje para dar curso al pensamiento, pero ese momento originario es irreproducible. Por otro lado, sin pensamiento no habría lenguaje, solo gruñidos y gestos sin sentido. El pensamiento configura el lenguaje porque alcanza la verdad con su valor universal y comunicable con los demás. Así el pensamiento posibilita la traducción, el aprendizaje de lenguas nuevas y la comunicación. Se trata de dos realidades interdependientes: sin pensamiento no hay lenguaje y sin lenguaje no se desarrolla el pensamiento. Pensamiento, lenguaje y cultura se desarrollan a la vez. Y dentro de estos la relación no es circular, sino que el pensamiento funda el lenguaje, es como su principio intrínseco y simultáneo, como la forma en la materia del Hilemorfismo.

> *El pensamiento tiene una anterioridad "principial" respecto al lenguaje, ni más ni menos.*

Con esto quedaría explicada nuestra experiencia.

El dinamismo tendencial del hombre: tendencias y voluntad, eros y agape

Una vez estudiada la inteligencia y nuestro ser en la verdad, vamos a estudiar el deseo en el hombre, o a la persona como deseo. Veremos cómo desde las tendencias básicas, pasando por los apetitos sensibles, aparece un deseo que se abre en libertad mediante el dinamismo voluntario. Todos los pasos a dar exigen no perder de vista la unidad y complementariedad de los principios y dimensiones del hombre.

El hombre como deseo

Somos deseo, carne 'deseante', como se manifiesta desde nuestros apetitos más básicos hasta los amores más sublimes. Cuando veo el chocolate, lo deseo y me muevo para poseerlo y gozarlo. Cuando una mujer conoce al hombre de su vida, al que ya deseaba en figura, lo desea y comienza un camino con él que busca culminar en la mutua posesión y entrega. San Agustín en sus *Confesiones* nos muestra como ese deseo que nos constituye tiene una apertura absoluta, en el fondo —aun cuando no lo sabemos— deseamos a Dios. Por ese deseo infinito todo aquello en que esperamos encontrar una satisfacción plena nos va dejando insatisfechos y nos lanza de nuevo a buscar lo infinito; nuestro deseo, que tiene la fuerza de la sed, nos ayuda a ir encontrando el camino de vuelta a casa, dónde encuentra descanso la inquietud de nuestro corazón: Dios. También Santo Tomás de Aquino habla del hombre como el que tiene, el que es, un deseo natural de ver a Dios. Para él nuestro dinamismo más íntimo, nuestra naturaleza desea una unión con Dios que sólo puede ser culminada cuando Él se nos da.

Hay idiomas que conservan esta unidad del deseo de lo más sensible a lo más inmaterial en sus expresiones, así, p.e. en inglés puedo usar el verbo 'amar' (*to love*) tanto para decir que amo el chocolate, amo a mi esposo o amo a Dios. Esta continuidad, esta unidad entre lo corporal y lo anímico manifiesta que no hay ruptura entre eros (el nombre que los griegos dieron al deseo, a la concupiscencia[43]) y la *agape* (el amor de donación). La descripción del amor esponsal o de amistad lo pone de relieve. El deseo profundo del varón de vivir, de unirse, de hacerse uno con la mujer desvela dos estructuras de la persona:

1. El deseo erótico de posesión y gozo le lleva de modo natural a la entrega, a dar la vida por el amado deseado, el eros germina y fructifica intrínsecamente en la *agape*[44]; si no da este paso el eros se autodestruye. Así el enamoramiento comienza siendo un movimiento de posesión del amado, pero simultáneamente crece el movimiento de descentramiento, en el fondo el 'deseante' es poseído por el amado hasta el punto de estar dispuesto a cualquier cosa con tal de estar con él.

2. El movimiento del eros no puede culminarse si no es en la recepción del don que la otra parte puede o no hacer de sí misma. Si el otro no quiere dárseme y recibir mi entrega no hay nada que hacer. El deseo nos revela que somos seres interpersonales, nuestra carne 'deseante' es carne de comunión. La esponsalidad en la

43. PLATÓN en su diálogo *El Banquete*, aborda con profundidad muchas de las dimensiones del eros y su relación con el amor.
44. La encíclica de Benedicto XVI *Deus Caritas Est* subraya esta continuidad del eros con la agape. Sólo la agape es capaz de dar pleno cumplimento al movimiento que el eros ha iniciado. Esta visión contrasta con la de Nygren, luterano, para quien el eros está constitutivamente encerrado en sí mismo y contradice la agape.

diferencia de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer muestra que no somos individuos autosuficientes. La persona se desvela como constituida por una estructura de donación amorosa que solo la comunión interpersonal puede completar.

Será el teólogo el que desde el don del Espíritu Santo en Cristo muestre de qué manera es su acción en el interior del hombre la única forma de dar plenitud a esta dinámica del deseo. Como filósofos nos quedamos en la puerta de lo apuntado: somos deseo, deseo de comunión, deseo de infinito, deseo de Dios.

Hemos de conservar siempre ante los ojos la unidad de la dinámica del deseo (sensible-espiritual) y su relación con el conocimiento, pues deseo lo conocido, lo que se me presenta suscita mi deseo, al mismo tiempo que la sed de infinito en mi interior es como un pre-conocimiento del Dios que hay, un anuncio de que Dios debe existir y ser amable pues sin Él el hombre, yo mismo, sería un absurdo imposible de entenderse racionalmente, es como si nuestra sed de Dios fuese el vaciado, el molde, de una figura que sería Cristo.

Pues bien, conservando esta unidad procedemos a analizar la dinámica del deseo desde las tendencias básicas hasta el amor.

Tendencias humanas e instinto animal

Gracias al dinamismo tendencial el ser humano se pone en marcha hacia su plenitud. Este dinamismo tiene cierto parentesco con nuestros hermanos los animales, aunque con una esencial diferencia: lo que en el animal son instintos cerrados en el hombre son tendencias abiertas. Esta apertura que vamos a describir permite acoger las aportaciones psicológicas de las escuelas psicoanalista y conductista a la vez que mostrar el ámbito de libertad personal que la misma dinámica tendencial humana abre.

En el animal el instinto está constituido de modo innato tanto en la finalidad o fondo como en la forma en que se realiza, así el instinto de supervivencia mueve al elefante a alimentarse (fondo o finalidad) y lo hace siempre de modo idéntico (según está determinado en su configuración específica). Además, cuando hay aprendizaje, este es corto y se limita a unos pocos aspectos que la genética ha dejado para ser completada. Las necesidades que buscan satisfacer los instintos animales son comunes a todos los individuos de la especie (todos los canguros tienen las mismas necesidades, todos los topos necesitan lo mismo por su naturaleza). Aunque el instinto es un dinamismo complejo que implica al apetito, el objeto que afecta al individuo estimulando el instinto según su capacidad de conocerlo, sin embargo, su cumplimiento es fijo, prácticamente inmutable, de una gran eficacia y en ese sentido perfecto, gracias a que la respuesta se da prácticamente de modo automático.

Las personas tenemos tendencias que están dotadas de gran fuerza, son poderosas, a veces muy poderosas. Entre los rasgos de las tendencias humanas hay una apertura que no está presente en los animales y que instaura una conducta libre no predeterminada por la necesidad biológica, nuestra biología no es predeterminante, nuestra biología posibilita el reino de la libertad, hasta el punto de que sin ejercer la libertad no podemos vivir. Esta libertad se edifica sobre de las tendencias humanas

cuya finalidad —que nos viene dada de forma innata— está en nuestra estructura. Así, por ejemplo, el fondo de la tendencia sexual es la reproducción, esta verdad de nuestra biología es verdad de nuestra persona y orienta toda la tendencia sexual. Pero siendo una de las tendencias más fuertes sin embargo las personas no tenemos "estrictos" periodos de celo (las personas podemos procrear todo el año) que nos determinen al apareamiento *velis nolis* (podemos elegir, refutar, posponer, ser célibes); la sexualidad aún con toda su fuerza no constituye en nosotros un instinto ciego, una fuerza imperativa que se impone con necesidad, por el contrario, desde sí misma se abre y pide su cumplimiento de un modo personal y libre. Pero como su forma de cumplimiento no está cerrada, por su apertura puede y debe ser integrada en fines que vienen de otros principios humanamente más radicales, como por ejemplo del amor interpersonal. También por esta misma apertura podemos traicionar su sentido originario, escindir las dimensiones de esa tendencia, incluso usarla de modo que contradiga el fondo originario y nos haga daño como especie, como individuos o como personas en el nivel moral.

La forma en que la tendencia humana se realiza está abierta a una infinidad de posibilidades, piénsese, por ejemplo, en la creatividad casi infinita de la cocina con lo que satisfacemos nuestra tendencia innata a alimentarnos. Nuestras tendencias son sumamente plásticas y están abiertas a la influencia cultural de manera que son moldeables, pero hasta cierto punto y dentro de ciertos límites —podemos comer de infinitos modos, pero no podemos alimentarnos de alfileres—. Que la forma de satisfacción de la tendencia sea moldeable no significa que todas las formas sean igualmente válidas y humanas. Así para conocer la bondad personal y moral se requiere a veces un estudio adecuado y detallado que armonice la verdad de la tendencia en la verdad de la persona. Además, la apertura de la tendencia humana es variable según los individuos, esto quiere decir que no todos los individuos tenemos las mismas inclinaciones ya que podemos añadir nuevas tendencias a las innatas, como se dice en el lenguaje ordinario: los hombres nos creamos necesidades; y ¡cuántas veces las necesidades creadas adquieren una fuerza incluso mayor que tendencias muy básicas!

La apertura de las tendencias humanas se manifiesta también en el espectro de objetos que pueden suscitar o estimular la respuesta del apetito, el esquema tendencial humano es abierto, mientras en los animales es un número limitado de objetos los que puede suscitar una respuesta (así por ejemplo en el periodo de celo el animal se ve excitado por los congéneres de sexo opuesto y ya está) en el hombre cualquier objeto puede convertirse en objeto capaz de estimulación (esto posibilitó la lectura freudiana del significado erótico de objetos que no tienen relación con la libido en sí mismos).

Debido a esta apertura nuestras tendencias no son tan eficaces y perfectas en su cumplimiento como los instintos animales y han de ser perfeccionadas mediante hábitos hasta convertirse en cualidades estables. La filosofía moral encuentra aquí una de sus fuentes y campo de estudio.

Instinto animal	DINAMISMO	Tendencia humana
Innata	**Finalidad**	Innata. Abre el sentido.
Innata. Posible aprendizaje, corto y cerrado, inmutable	**Forma de cumplimiento**	Abierta, gran plasticidad, mediada culturalmente, creativa
Clausurado genéticamente	**Número de necesidades**	Abierto: nos creamos necesidades
Cerrado: solo los objetos propios estimulan el instinto	**Esquema**	Abierto: cualquier objeto puede asociarse a una tendencia
Perfecta desde el inicio	**Eficacia**	**Perfectible mediante hábitos, sin ellos es falible**
Se cumple con necesidad	**Necesidad y libertad**	Requiere la **libertad** personal

Conviene reiterar que abierto no significa que todas las posibles modulaciones de la tendencia sean neutrales o indiferentes desde el punto de vista práctico ni para su consideración moral. P. e.: podemos satisfacer la sed de muchas maneras, todas ellas se orientan en el fondo a quitar la sed e hidratarnos, pero no es igual de eficaz ni sano beber agua que vinagre. Tampoco desde el punto de vista moral, más amplio, da lo mismo hartarse de agua que de alcohol. Otro tanto podría aplicarse a otras tendencias básicas como la reproductiva; aún antes de hacer entrar en consideración su significado más personal, ya se manifiesta que no todo lo posible es adecuado al fin de la tendencia, ni todo lo posible es moral, ni nos realiza en el marco personal; aquí entra en juego nuestra libertad con su responsabilidad. Que la tendencia no esté cerrada no nos debe llevar a negar la verdad del fin al que tiende y del que surge. Si lo hacemos nos negamos a nosotros mismos. Tenemos la tarea de leer la tendencia desde la persona para captar su hondura personalista y nutrir la persona desde la verdad de la tendencia: movimiento complementario, así, la tendencia sexual se comprende en su profundidad desde el todo personal a la vez que su verdad más biológica se integra significativamente en el ser personal, la sexualidad no es una cosa que se tenga, sino una dimensión tendencial y personal que se es, y que está confiada a la responsabilidad de nuestra libertad.

En el dinamismo tendencial se muestra que las personas no somos meros **agentes** automáticos que cumplen un programa genético, sino que, por la peculiaridad inconclusa de nuestra genética, somos **actores** que representamos nuestra naturaleza de un modo personal y que, además, desarrollamos nuevas formas de realizar la humanidad: somos **autores** creativos de nuestra vida. Estas tres dimensiones se conjuntan y armonizan, no se superponen o relacionan conflictivamente.

Tendencias básicas: apetito concupiscible e irascible con dominancia de lo sensible

Hay una coincidencia en la historia del pensamiento en señalar y describir dos tendencias básicas en el hombre con las que reaccionamos ante las realidades que conocemos: la concupiscencia y la ira. Ya en el mito del carro alado Platón muestra en el alma dos caballos, dos fuerzas motoras básicas de la persona: la concupiscen-

cia que arrastrará al hombre al mundo material y la ira. Estos dos impulsos se corresponden con el ejercicio de dos virtudes: templanza y fortaleza. A su vez estas dos pulsiones deberán ser dirigidas por la prudencia. Este descubrimiento fue mantenido y estudiado con detalle en la Edad Media donde se incide en el carácter de deseo, de apetecer, llamándolas apetitos sensibles y pasando a describir su funcionamiento con detalle. También Freud apunta en esta dirección cuando junto a la libido (eros) acaba admitiendo la existencia del impulso de la ira (*thánatos*) que surge del choque con el principio de realidad.

Cuando la persona conoce algo, aunque sea en el nivel sensible más elemental, lo conoce como bueno o malo para él y reacciona tendencialmente buscándolo o rehuyéndolo, son los movimientos básicos: concupiscencia e ira. La persona no se queda estática, somos dinamismo y respondemos al estímulo personalmente.

1. Así, nuestro **apetito concupiscible** ante el bien percibido se manifiesta como **amor**. Un amor sensible que **desea** lo que no posee aún y que se **goza** en lo deseado cuando lo alcanza: deseo y alegría o gozo son los movimientos que surgen ante lo bueno desde este apetito. Pero cuando lo que percibimos aparece como destructivo, como malo, nuestra tendencia concupiscible nos mueve al rechazo, **odiamos** ese mal. El movimiento de odio nos permite estar sobre aviso mediante el **temor** ante el mal que se anuncia; y se manifiesta como tristeza cuando el mal entra en nuestra vida, **tristeza** que nos sirve para buscar librarnos de ese mal.

2. Por su parte con **el apetito irascible** somos capaces de buscar bienes difíciles, a largo plazo, o de resistir males fuertes y reaccionar ante ellos. Ante la propuesta de un bien difícil y alcanzable la ira nos empuja a perseverar mediante la **esperanza** de lograrlo. Cuando ese bien difícil lo conocemos como imposible la misma ira nos paraliza de modo que no gastemos energías de más, mostrándose como **desesperanza**. En cambio, este mismo apetito ante el mal presente nos hace reaccionar con **cólera**, una cólera que nos lleva a oponernos al mal, a intentar eliminarlo, a poner las cosas en su sitio. Si el mal aún no ha llegado, pero lo vislumbramos como superable, como algo que podemos vencer, la ira nos proporciona impulso para lograrlo, es la **audacia**; en caso contrario nos invade un **temor** que puede llegar a paralizarnos.

Ira y concupiscencia son pues dos dotes de nuestra naturaleza que ponen en marcha nuestra dinámica de realización y protección, son esenciales para nuestra vida y desde ellas se nos lanza al infinito. ¡Ojo!, no confundamos estas tendencias con los pecados que estudian los moralistas, ni con, por ejemplo, la concupiscencia de que hablan las Sagradas Escrituras, como causas del alejamiento de Dios. La teología moral estudia legítimamente los desórdenes que el pecado provoca en el hombre y también en sus tendencias. Pero previamente a toda consideración moral la *Antropología Filosófica* estudia estos apetitos como son en sí mismos: buenos, pues sin suficiente ira una persona se rinde, cae derrotada antes de tiempo, no persevera; si no deseamos con fuerza, si no somos mujeres y varones de deseos, no gozamos ni buscamos metas tan importantes como la santidad o la comunión interpersonal. Un fallo en el eros puede desembocar en una desmotivación enfermiza tipo depresión, por ejemplo. Siempre hay que huir de la moralina que puede llevar al absurdo,

en este campo, de reprimir el deseo y la fortaleza, dones creaturales que Dios ha dado al hombre. No hay que reprimir el deseo, hay que desear hasta el fondo, desear bien, desear lo mejor, desear conforme a nuestra realidad. Lo que hay que combatir son las formas defectivas, no personales, del deseo y de la ira.

Voluntad

La capacidad humana de desear, de querer, de amar no se explica suficientemente con las tendencias de origen más sensible: concupiscencia y fortaleza. Como ocurría en el entendimiento —que los sentidos estaban como transfigurados por la inteligencia— así ocurre con las tendencias sensibles que se encuentran transfiguradas por la voluntad. Podemos caracterizar la voluntad como aquella facultad del hombre cuyo acto es amar.

Por el hecho de estar dotados de voluntad cuando el hombre conoce con su inteligencia sitúa a lo conocido en el ámbito del bien. Las personas humanas no conocemos las cosas primariamente de un modo teórico, junto a su esencia o su verdad nos viene dado su carácter de buenas o nocivas para nosotros, las conocemos como buenas. Es la voluntad la que abre, abriendo toda la persona, el ámbito de la realidad como buena. Esto lo podemos observar en experiencias muy cotidianas. Dos ejemplos, uno muy sensible y otro más espiritual: cuando veo el chocolate en el supermercado me veo inclinado hacia él e intento poseerlo comparándolo para comérmelo, es bueno para mí. Es decir, hay una tendencia en mí, activada gracias a la inteligencia, que me pone en marcha hacia lo conocido. En el caso de que sea algo nocivo me lleva a rechazarlo, a poner distancias. De modo paralelo cuando contemplo una acción heroica, por ejemplo, un policía salvando un niño, lo humano no es quedarse indiferente, sino el darse cuenta de la bondad y querer emularla, verse inclinado tendencialmente hacia ese bien. Como estos bienes no son puramente conocidos por los sentidos ya que nosotros no tenemos un conocimiento puramente de estímulos como los animales, sino una inteligencia sentiente, la tendencia o apetito que nos lleva hacia el bien ha de ser una tendencia o apetito racional. Esto es lo que denominamos voluntad.

- La apertura al bien en general, a todo lo real en cuanto que bueno, lo que solemos denominar felicidad, es el primer rasgo del querer. La persona se convierte en un centro desde el que tiende hacia la realidad a la que se ha abierto o como buena. Hay desde la capacidad de amar una primera versión hacia la realidad desde nosotros de aceptación y de bondad. Este ámbito fue denominado por los filósofos medievales como *voluntas ut natura*, con lo que subrayaban que la inclinación natural del hombre en su voluntad es hacia el bien, sea éste el que sea. De ahí que nos veamos movidos siempre por el bien, incluso cuando queremos el mal lo podríamos amar ya que en él hay algo bueno. Unamuno describía esta capacidad del yo humano de constituirse como un centro de bondad con la palabra 'egotismo'. El ámbito del amor, el ámbito de lo bueno se abre desde el yo, todo es querido en relación a mí en cuanto que en esa relación conmigo se establece y se percibe su bondad. Esto no implica el egoísmo de querer de manera interesada, excluyente de los demás, consiste simplemente en constatar que lo amable aparece como amable gracias a su relación con nuestra capacidad de amar.

- Ese ámbito de bondad que abrimos ha de ser completado con bienes concretos. Esto se realiza mediante la cooperación de la inteligencia con la voluntad que le va presentando las diversas realidades amables. Esta dimensión de la voluntad ha sido llamada *voluntas ut ratio*. Con ella se delibera, decide y ama un bien concreto.

Es importante señalar que la apertura de la voluntad es infinita, es decir: podemos amar y querer todo, no sólo aquellas cosas que excitan nuestras tendencias más básicas. Tendemos al bien, siempre al bien, pero es un bien en general, todo en cuanto que bueno. En ese sentido nuestra voluntad está abierta al infinito y por la misma razón ningún bien particular, siempre limitados y finitos por elevados que sean, podrá saciar del todo nuestra capacidad de amar. Sólo un ser infinito amado infinitamente colmaría nuestra sed. He aquí la raíz de la sed de Dios que Agustín describió con tanta belleza. De ahí también que un rasgo que nuestra voluntad aporta a la persona sea la libertad: estamos sueltos, no determinados por aquello a lo que tendemos. Ningún objeto nos determina. Somos libres y tenemos que elegir en libertad, no nos queda más remedio que ser libres, que elegir. Dejar de ser libre es lo único de lo que no somos libres, es la parte de verdad en torno a la libertad que descubrió Sartre cuando afirmó que "el hombre está condenado a ser libre".

Esta apertura infinita manifiesta además que la voluntad es una facultad de tipo inmaterial. El carácter espiritual de la voluntad es corroborado por su capacidad reflexiva. Del mismo modo que la inteligencia vimos que es reflexiva: el hombre sabe que sabe, tiene autoconciencia; así la voluntad es también reflexiva: podemos 'querer querer', no solo queremos cosas, acciones o personas, sino que la voluntad puede convertirse a sí misma en objeto de su volición. Otro aspecto de esta reflexividad consiste en que cuando queremos cualquier cosa al mismo tiempo nos estamos queriendo a nosotros mismos en cuanto configurados por la apropiación de eso que hemos amado. Así, p. e., al decidirme por dar una limosna no sólo he querido la limosna, sino que me he querido a mí en cuanto generoso. Esta reflexividad no tiene porqué ser consciente y expresa, de hecho, la mayoría de las veces no lo es, pero siempre está ahí de modo concomitante, quizás en una acción negativa esto se vea con claridad, cuando uno elige decir una mentira se ha querido a sí mismo como mentiroso. La voluntad es una capacidad de amar que tenemos por ser personas espirituales, pues es una facultad inmaterial. No hay un órgano para amar, como tampoco la mente es un órgano, aunque se apoye en el cerebro que es donde reside la sensibilidad. Quien ama es la persona entera mediante su facultad de amar, no hace falta recordar que el corazón en sentido literal es un músculo que bombea sangre. Sólo en un sentido metafórico la palabra corazón significa el centro de decisiones de la persona.

Ha habido quienes han negado la existencia de la voluntad.

1. **No habría voluntad, solo inteligencia**. Los intelectualistas reducen la voluntad al entendimiento. La decisión y el querer no es fruto de una facultad distinta de la inteligencia, sino una mera conclusión de razonamientos. Decidir sería en la práctica deducir. Sócrates adolece de intelectualismo cuando afirma que el mal equivale al error y la ignorancia; y que sólo con la educación de la verdad el hombre haría el bien. Si bien la educación es esencial, no basta, ¡cuántas veces conociendo la verdad elegimos el mal! También algunos racionalistas como

Spinoza elaboraron una teoría ética de estilo geométrico, deductiva, racional. También lo que Nietzsche denomina "voluntad de poder" de modo paradójico no es cuestión de voluntad, sino que consiste en la eliminación del amor y el triunfo de la razón técnica y poderosa sobre el mundo humano. Que la voluntad existe y es distinta del entendimiento se comprueba en experiencias cotidianas: conocer a alguien es distinto de amarlo. No por conocerlo lo tengo que amar, si bien el conocerlo puede inclinarme a amarlo y el amarlo llevarme a conocerlo más, pero se ve claramente que no son lo mismo. Conocer una pintura de Picasso y amarla son dos cosas distintas. Schopenhauer reaccionó contra el intelectualismo sosteniendo el polo opuesto: todo es voluntad, lo que cuenta es lo irracional. Su posición llevó a una exaltación del amor romántico como irracional. Postura tan errónea como su contrario. En el amor es necesario el equilibrio y la reciprocidad entre inteligencia, voluntad y sentimiento, intelectualismo, voluntarismo y sentimentalismo (emotivismo) rompen la unidad dimensional de la persona.

2. **No hay voluntad, solo tendencias sensibles**. Muchos de los materialistas y sensistas piensan de esta manera. Para ellos lo que llamamos amor y decisión tan sólo serían complejas relaciones entre las diversas tendencias sensibles que luchan entre sí en caso de conflicto. Así, p. e., si decido perdonar la ofensa de mi hermano, no es que haya decidido con mi voluntad hacerlo, sino que lo ocurre sería una la lucha entre el apetito irascible y el concupiscible de la que. en esa situación, sale victorioso el concupiscible. Con acentos distintos piensan de este modo el ilustrado Hobbes, el evolucionista materialista Spencer y el psicólogo Freud, así como ciertos asociacionistas. A todos ellos habría que decirles que su postura es insuficiente porque en la decisión media la inteligencia humana, no solo unas meras sensaciones; pero además la experiencia prueba su error: podemos, como hombres, negar la tendencia sensible sin oponerle otra. Puede que a veces sea difícil y que cueste mucho, pero podemos ayunar, resistir la tensión sexual y ser castos, contener la ira. Y si podemos hacerlo es porque tenemos esa facultad de amar, la voluntad que impera, gobierna, sobre las tendencias básicas y las sensibles.

3. **No hay voluntad, es la sociedad la que decide por nosotros**. Esta postura inspirada en Durkheim y su estudio de la presión social tiene una parte de verdad, pues la presión social es algo muy real que todos experimentamos, basta con caer en la cuenta de nuestros "bienquedismos" y nuestros respetos humanos. Sin embargo, es igualmente cierto que podemos resistir la presión ambiente, ser rebeldes y cambiar la sociedad. Haber presión hayla, pero no esta presión no nos determina porque nuestra voluntad existe.

Agente, actor y autor

La voluntad no tiene que estar necesariamente en acto, activa, de modo permanente. Esto ha llevado a establecer una distinción muy importante, sobre todo para la moral, en los actos que hacemos: aquellos actos que realizamos con un pleno ejercicio de la voluntad se denominan **actos humanos**, otros actos en los que no media un ejercicio de la voluntad (automatismos como respirar, el soñar, actos reflejos, etc.) se denominan **actos del hombre**. Como resulta obvio sólo somos responsables de los primeros.

Además, un acto voluntario puede ser espontáneo y no deliberado, como es el caso de la respuesta automática a un saludo. En casos extremos estos actos podrían llegar a no ser libres.

Tienen que ver también con lo que se denomina primer movimiento en moral, así por ejemplo una violenta reacción de ira ante un ataque puede ser un movimiento espontáneo no deliberado del que no respondemos del todo, pues sólo somos capaces de controlarlo en un segundo movimiento. A su lado estarían los actos voluntarios deliberados.

Como puede verse, el ejercicio de la voluntad admite modos y grados diversos. En la filosofía de Ortega y Gasset alcanzó bastante notoriedad, y de hecho sus discípulos se hacen eco, la distinción entre los actos de los que el hombre es **agente, actor y autor**. Hay acciones que proceden de nosotros como meros agentes, son actos del hombre no voluntarios. En otras ocasiones nuestras acciones nos pertenecen como meros actores, no podemos decidir sí hacer este papel o hacer otro, sin embargo, la voluntad sí que es ejercida pues puedo desempeñar el papel a gusto o a disgusto, con mayor o menor perfección, e incluso con un margen de creatividad. En la medida que se da ese carácter de creatividad van apareciendo el conjunto de acciones que nos pertenecen de una manera más íntima, aquellas por las cuales nos convertimos en autores de nuestra vida. Resulta hermoso cómo se interrelacionan estos tres tipos de acciones, y también debemos darnos cuenta de qué manera, mediante el uso de nuestra voluntad, podemos ir ampliando el dominio sobre diferentes facetas de nuestra biografía, convirtiéndonos cada vez más en autores libres de nuestro destino.

Mediante el uso acertado de la voluntad nos vamos desarrollando, crecemos y maduramos nosotros mismos. Es la voluntad como facultad de amar la que permite ir realizando la vocación plenaria de nuestra vida: la tarea más hermosa y profunda de la voluntad es querernos a nosotros mismos como amantes en plenitud, seres capaces de amar de veras.

La voluntad en cuanto facultad es patrimonio de toda persona humana, y puede desarrollarse gracias a su relación adecuada con las pasiones, su perfeccionamiento mediante los hábitos virtuosos, y con el conocimiento de la verdad y el bien que la ayuda en su motivación y caminar hacia su plenitud. A veces decimos que de alguien que "esta persona tiene gran fuerza de voluntad", como si algunos privilegiados tuviesen más voluntad que otros. Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por esta expresión, cualquier ser humano puede ir desarrollando su voluntad si practica y pone los medios. No hay personas que por origen tengan más voluntad que otras.

Como seres limitados nuestra voluntad es falible, la falibilidad es condición del ser humano como criatura. Sin entrar a considerar lo que la doctrina del pecado original nos desvela acerca del hombre y su querer desde la teología, todos constatamos que no siempre hacemos el bien que queremos, esta experiencia es universal.

Pero que seamos falibles no significa que no podamos amar o querer para siempre, el hombre por estar dotado de voluntad es capaz de compromiso, de fraguar una decisión de entrega capaz de vencer al tiempo mediante la fidelidad. Una buena noción de fidelidad sería "el amor que vence al tiempo". La fidelidad está muy lejos de la mera inamovilidad y del dejar transcurrir las cosas sin hacer nada.

Fidelidad

La **fidelidad** está muy relacionada con nuestra capacidad de realizar una **elección fundamental** que sirva como norte e hilo conductor en torno al cual se articulen todas nuestras acciones haciendo que nuestros esfuerzos confluyan en esa tarea. Se trata de una elección central en la cual ponemos todos nuestros recursos. Elegir un norte y hacerlo bien es esencial para dar unidad, coherencia y autenticidad a la vida. No cualquier meta es un buen norte. Cuanto más elevado en su valor y más intrínseco a la dignidad personal sea el norte elegido, mejor: el bien, el amar, Dios, los demás, la honradez, etc. Bajo ese norte se articularía la vocación profesional, las relaciones interpersonales, etc. Sin embargo, llegar a realizar una elección fundamental no es sencillo, hoy mucha gente vive dispersa sin haber elegido, y a veces condicionada hasta no poder elegir, por el momento esa meta o norte central. El relativismo es una de las causas de esta dificultad; sin un norte la persona se fragmenta en sus esfuerzos y no construye una personalidad madura, no realiza un proyecto vital.

Por otro lado, el haber realizado una elección fundamental hace que las sucesivas elecciones fortalezcan ese norte y que cada día resulte más difícil apartarse de su elección. Sin embargo, hay que ser conscientes de que esta elección se pone en juego en cada acción, queda comprometida en cada acto. La elección fundamental se renueva cada día y en cada ocasión, consiste en decir el sí que dimos a alguien, por ejemplo, en el matrimonio o en una vocación religiosa, una y otra vez; reforzando y renovando su carácter fundamental con cada sí nuevo que vamos pronunciando a lo largo del día todos los días. No tiene sentido desde la elección fundamental decir: "Como voy a Misa todos los domingos no pasa nada porque este no vaya", o "Como soy fiel a mi esposo todos los días no pasa nada porque hoy lo traicione". Es precisamente lo contrario. Si se falla se falla, pero cada vez será más difícil fallar. Cuanto más la elección se confirme más firme se hace y más difícil se vuelve el no, pero un no puntual atenta contra todo ese sí y es experimentado como negación con más hondura y sensibilidad. Es así como el hombre peregrino que somos, homo viator, va desarrollándose en integridad y armonía.

Querer: unidad entre *eros y agape*, amor de concupiscencia y amor de benevolencia[45].

El querer más genuinamente personal arranca e inicia en conexión con el deseo. No hay contradicción esencial ninguna entre deseo y amor, aunque existencialmente haya situaciones en que se los pueda vivir en conflicto, contradictoriamente. El movimiento natural del deseo (*eros*) culmina con la experiencia de la entrega o donación de ser (*agape*). No se trata de dos movimientos sino de uno solo. La experiencia del amor interpersonal en el enamoramiento confirma esta unidad. El inicio está marcado por el deseo de poseer y gozar del otro que nos ha deslumbrado por sus cualidades como su bondad, su inteligencia, su belleza, su generosidad, etc. (amor de concupiscencia o *eros*[46]). Este deseo de posesión conduce al enamorado al descubrimiento progresivo de que sin el otro su vida está vacía, a reconocer que no es él el que posee al otro

45. Aunque Eros/Concupiscecia y Agape/Benevolencia no se superponen con exactitud dejamos ahora los matices al margen. La unidad entre Eros y Agape ha sido bellamente defendida por Benedicto XVI en *Deus Caritas Est.*

46. El amor de concupiscencia sería inicialmente egoísta y posesivo, no en sentido moral: lo querido es medio para mi felicidad, y está marcado por el carácter de vacío se quiere lo que no se tiene.

sino el que es poseído por el otro. El sentimiento de los celos lo muestra claramente: en el fondo no poseo lo que desearía poseer, sino que soy poseído y arrastrado por él. Superar los celos reconociendo la verdad del dinamismo supone una maduración intrínseca de la vivencia del amor que lleva a vivir para hacer feliz al otro. El enamorado hace lo necesario para que el otro sea en plenitud, el movimiento de posesión se transforma naturalmente en un movimiento de salida de sí mismo o éxtasis. Este hacer feliz al otro significa quererlo bien (amor de bene volencia), queriendo el bien y lo mejor para él, aún a costa de la propia renuncia[47].

La estructura de la experiencia amorosa manifiesta además la intrínseca relacionalidad de la persona que no puede alcanzar su plenitud de modo autosuficiente ya que el otro solo puede ser recibido si él decide donarse: complementariedad y donación forman parte de la experiencia del querer como rasgo de la persona. De ahí que el querer tenga también una dimensión de responsabilidad en el sentido de que se responde al don del otro y se provoca que el otro responda al don de uno mismo. Se muestra así la continuidad de un amor que tiende a la totalidad armonizando la dimensión corpórea, la psicológica y la personal. Él es el hombre entero el que quiere, como se dice en el lenguaje de la calle: se ama en cuerpo y alma o no se ama. De ahí que la culminación y éxito en el querer esté en relación directa con el nivel de auto-posesión que el amante tenga, se podría formular una regla: a más auto-posesión más capacidad de donación, cuanto más se es dueño de uno mismo mediante las virtudes como la templanza y la fortaleza, por ejemplo, más puede uno entregarse: Si hay máxima auto posesión puede haber máxima donación. Por ejemplo: hay que ser muy dueño de uno mismo para dar la vida por los demás.

Hemos dicho que la *agape* es un amor que quiere el bien (bene-volencia) del otro. La benevolencia tiene varios rasgos:

1. Busca el bien real y personal, por ello intenta conocer el bien y vivir en la verdad: no será un querer de complicidades en el mal que lleva a la destrucción moral propia o del amado.

2. Quiere al otro tal y como es, no quiere una ficción de él, un otro imaginario. El querer toca la realidad del amado consciente de sus lagunas y carencias ya descubiertas o por descubrir. Es un querer pleno y realista, que además descubre sus potencialidades.

3. Por ello buscará que el otro desarrolle sus virtualidades y rasgos al máximo, muy lejos de controlarlo, tenerlo sometido o intentar que se parezca a uno mismo (hacerlo a su imagen). La agape busca que el otro sea mejor y favorece que dé de sí lo mejor.

La *agape* como amor de benevolencia quiere la plenitud del otro, busca afirmar y gozarse con su ser, no el propio sino el del otro: ¡qué bueno que existas!, afirma. Se ama al semejante como fin en sí mismo y se busca la comunión con él, hasta el punto que dentro del amor personal se hace bueno lo amado, no porque el amor

47. El movimiento de éxtasis está incoado por el eros, la persona ha de salir de sí, necesitada del don del otro y simultáneamente necesitada de entregarse al otro para su plenitud. Este rasgo se transfunde desde las estructuras biológicas básicas a las espirituales más elevadas. Éxtasis está tomado en su sentido literal de salida, no en el sentido específico que adquiere en la teología espiritual.

cierre los ojos, al contrario, porque el amor tiene un poder transformador. El amor amplía la razón permitiendo descubrir en el amado lo que otro no ve. En lenguaje popular a veces escuchamos: "no sé qué habrá visto esa chica en él para casarse", el amor permite ver, tiene una dimensión revelativa sobre la verdad del amado. Además, y quizás de manera más potente en la modulación femenina del amor, la agape descubre en el amado lo que todavía no es pero puede llegar a ser y apuesta por esa verdad futura jugándose la vida para hacerlo posible. Otro ejemplo, cuantas veces la mujer al enamorarse ve el padre y el hombre que su amado puede llegar a ser, aunque todavía no lo sea. Es cierto que se corre el riesgo de equivocarse, pero también es cierto que este conocimiento del amor que llega al núcleo de la persona y sus posibilidades de plenitud es algo perfectamente real y que permite a muchos dar de sí plenitudes personales que de otro modo nunca se realizarían.

La voluntad necesita de la cooperación del conocimiento. No puedo querer si no conozco y cuando conozco algo como bueno mi voluntad se inclina, tiende a ese bien de manera libre. Por eso el bien resulta atractivo y nos mueve: así cuando tenemos noticia de una acción moralmente hermosa, p.e. un bombero que se juega la vida por salvar un niño en un incendio, nuestra voluntad nos mueve a la admiración y la imitación: queremos, deseamos ser así, capaces de actuar de ese modo. También los bienes de rango inferior resultan atractivos: un oloroso guiso no sólo es un dato para la inteligencia, sino que atrae nuestro deseo inclinando nuestra voluntad a probarlo. Gracias a este carácter tendencial de la voluntad los hombres caminamos hacia el bien.

Si bien nada es querido en sí mismo si no es previamente conocido, hay en nuestro querer una especie de "vaciado", de imagen en "negativo fotográfico" del infinito y absoluto único capaz de llenar y calmar el deseo. Por eso nada finito, ni si quiera el amor esponsal, calma absolutamente el corazón humano. Esta apertura infinita en nuestro deseo y querer es como un pre-conocimiento de Dios, un no-saber que al menos sabe que lo finito que vamos amando no es todo y que debe existir alguien capaz de llenar nuestra sed. Así somos capaces de ir encontrando el camino a casa, el camino a Dios y cuando lo encontramos nos damos cuenta de que en este sentido ya lo conocíamos, de que lo reconocemos como lo más íntimo pues llevábamos su huella dentro de nosotros. Es la experiencia personal que S. Agustín nos narra en sus *Confesiones*. Por eso también el auténtico amor de amistad y esponsal no convierte al amigo o al cónyuge en un ídolo absoluto, sino que sabe integrarlo con el amor de Dios desde el que adquiere sentido y se hace posible.

A través de nuestro conocimiento conocemos lo real, su ser y su esencia. Pero como además tenemos la facultad de querer, la voluntad, lo que conocemos es conocido también como bueno o malo para nosotros; resultando que es captado, gracias también a la mediación de la afectividad, como valioso o dis-valioso. Ha sido Max Scheler el pensador que en el s. XX ha estudiado con más atención la intuición emocional de los valores hasta sostener que su captación requiere de una capacidad distinta de la razón práctica, este extremo es discutible, sin embargo, es absolutamente cierto que los sentimientos influyen reforzando y descubriendo el carácter valioso de la realidad. Así, p. e., el conocimiento teórico del veneno de una serpiente es "neutro", se lo conoce en sí mismo con sus rasgos propios, y en ese sentido es una riqueza, un bien del mundo natural, lo que en metafísica se estudia como bien

trascendental. El veneno en sí no es ni bueno ni malo. Ahora bien, en cuanto que al conocerlo lo ponemos en relación con nuestra propia esencia humana, con nuestra naturaleza, el veneno se descubre como malo o dañino en relación a nosotros. Es parte de su verdad relacional con nosotros, es una verdad objetiva y moral, relacional no significa relativista. El veneno es nocivo para mí objetivamente, igual de objetivamente que es bueno para la serpiente que con él se defiende. Por más que uno se empeñase en que el veneno es bueno, si se lo toma sufrirá las consecuencias. Por eso la bondad que se descubre en la captación moral es relacional y consta de una doble fuente de objetividad: la esencia en sí de lo captado y la objetiva relación de lo captado con mi esencia personal, también objetiva en sí.

La captación de las realidades como buenas o malas es posible gracias a que en todo acto de conocimiento hay una dimensión reflexiva con un autoconocimiento de quienes somos: así al conocer algo lo conocemos en relación con nuestra verdad. Sin embargo, es responsabilidad de cada persona cuidar el conocer la verdad acerca de la persona humana, su esencia, tanto como la verdad de las cosas y de las acciones. Es así como justificamos nuestras acciones, nos justificamos a nosotros y justificamos nuestra vida, nuestro proyecto: en la verdad relacional somos justificados o no.

En la verdad personal, no lo olvidemos, está incluida nuestra dimensión trascendente y religiosa, nuestra apertura al infinito que ilumina cada paso de nuestra vida. Desde el origen nos viene dada la capacidad de verdad de la acción moral para que nuestro querer esté orientado a la plenitud y felicidad con acierto, pero es tarea personal el alimentarla con la práctica y el conocimiento de la verdad, y además seguirla libremente.

Podemos decir que respecto a algo:
Lo quiero porque es bueno.
No es bueno porque lo quiero.

Aunque pueda convencerme a mí mismo de lo contrario a esto último y fingir que las cosas son buenas porque las quiero, porque me apetecen, la realidad es testaruda y experimentaré antes o después las consecuencias. La tarea del hombre está en irse apropiando lo bueno y lo mejor con su libre voluntad y no conceder poder a aquello que no es conforme a la verdad de la persona. Sartre y Nietzsche para defender la libertad acaban negando lo primero convirtiendo al hombre en creador de valores, en un ser sin la luz de su naturaleza personal para el camino. De ese modo en el momento de dar cada paso no hay base sino una continua y agotadora invención de lo bueno.

Está pues en la naturaleza de la persona esta luz moral que sirve de guía. Los moralistas llaman a esta luz "Ley natural". Con esta luz el hombre descubre lo que está bien y mal, lo que es intrínsecamente malo. La ley natural moral radica en esa presencia, por la dimensión reflexiva del conocimiento, de la verdad del hombre como abierto y lanzado a su plenitud con Dios que se da en cada decisión de una manera espontánea. Como personas, conectamos al usar nuestra racionalidad moral lo que

vamos a hacer con nuestro ser personal, trascendente y social encontrando así la luz para caminar. Esto lo hacemos de forma espontánea y natural. Otro tema es el estudio especializado de la ley natural que realiza la ética y el análisis de casos concretos a veces muy complicados. Esos tratados son importantes, pero no debemos olvidar que la ley natural originariamente es luz dinámica y objetiva que surge de nuestro interior y en cuyo fondo se puede llegar a descubrir la luz del Creador e incluso al mismo Cristo, pero mostrar esto último corresponde al teólogo[48], aquí solo nos corresponde dejarlo apuntado para animar al lector a estudiar con hondura la moral.

Esto no significa que la voluntad tenga como tarea única querer lo que se descubre como bueno. Esa es su función básica con la que nos posibilita ser felices. Además, un bien percibido como valioso puede llegar a ser percibido como deber, el deber se apoya en el valor y este en el bien. Sin embargo, su tarea es mucho más amplia ya que además va unida a la capacidad creativa de la inteligencia, de la imaginación y del deseo; así podemos abrir nuevas posibilidades creando bienes materiales y personales nuevos. La vida del hombre no consiste en cumplir bienes, sino además en abrir y crear bienes nuevos, por eso el amor es imaginativo y creativo. Por eso la dimensión moral de la persona es un torrente generador de nuevas posibilidades. Esta es la experiencia que tienen los amantes auténticos y que tantas veces se plasma en la sociedad, también, de forma notable, en la creatividad de los santos maestros en el querer: nunca han sido seres apocados por miedo a equivocarse si no libres para inventar nuevas formas de amar.

> ***La persona como amor***
>
> Con lo que llevamos dicho es fácil darnos cuenta de que la voluntad nos define en la raíz hasta el punto de que se podría decir que la persona es el ser capaz de amar y que somos aquello que amamos. Por eso el pensador L. Polo habla del amor como de un trascendental antropológico: hablar de persona humana y de un ser capaz de amar es equivalente.

Dimensión moral de la persona: somos constitutivamente seres morales

Por el dinamismo de la voluntad cada acción libre pide ser justificada. Nunca hay en concreto acciones moralmente neutras, sólo habría acciones neutras en la medida en que se las abstrae de la concreción existencial. Para mí, profesor veterano, estudiar farmacia o filología alemana es neutro pues solo hago una consideración teórica, no tengo que tomar una decisión, en cambio para el joven que va a ir a la universidad nunca será una decisión indiferente o neutral. El hombre es constitutivamente moral, debe actuar éticamente en orden a su plenitud. El actuar libre repercute en el sujeto, pues es una acción inmanente (*pratttein*/praxis) que configura al que la realiza, que queda dentro de él.

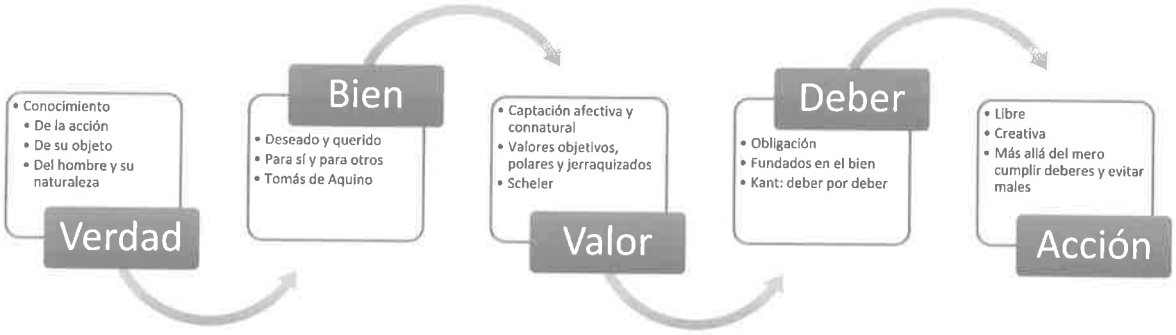
Recuérdese la acertada distinción aristotélica entre los tipos de actos humanos según la dominancia de su efecto en cuanto a la inmanencia o trascendencia del sujeto:

48. Es una de las aportaciones geniales de la Encíclica *Veritatis Splendor* de JUAN PABLO II.

1. *Inmanentes (el fruto queda en mí)*
   a. *Teoría: el fruto del conocimiento queda en mí que contemplo la verdad.*
   b. *Praxis: al decidir moralmente el fruto queda en mí haciéndome justo*
2. *Trascendentes (el fruto queda fuera, en el mundo)*
   a. *Técnica: el fruto queda en los objetos fabricados*
   b. *Póiesis (poética): el fruto queda en ese ser peculiar que es la obra de arte.*

Con la voluntad la persona responde a su vocación de realizarse en plenitud, y desde esa plenitud buscada y conforme a su naturaleza personal descubre el carácter bueno o malo de las acciones concretas. Dios y la religión no son ajenos al contenido de plenitud de la persona humana. La persona capta el valor afectiva e inteligentemente y se inclina por esos valores objetivos y trascendentes. Los valores se fundan en el bien y, a su vez el bien, está vinculado a la verdad del objeto querido por la voluntad, la verdad de su relación con la naturaleza humana y la verdad de la acción que incluye otros factores como la intención y las circunstancias que estudia la moral. Así la voluntad quiere unas acciones frente a otras, ante algunas ve que esas acciones le ob ligan (deber) y actúa libre y creativamente. Estando religados a la verdad real descubrimos los bienes reales que resultan valiosos para nosotros percatándonos de la fuerza obligativa que algunos poseen y que llegan a constituirse en deberes. Las acciones son buenas por su verdad en relación a la verdad de la persona humana. Porque son buenas son valiosas y pueden fundar deberes. Una acción no es buena porque sea un deber, en todo caso hay deberes porque hay bienes que obligan. Paralelamente el hecho de que algo sea legal o mandado no implica que sea bueno y que por tanto esté obligado a cumplirse.

Las fuentes de la dimensión moral de la acción se jerarquizan según este esquema:



Inteligencia y voluntad

Los medievales decían que la facultad la inteligencia llegaría más lejos que la voluntad, porque su objeto el ser mismo en sí y es desinteresado. Pero como en esta vida nuestro conocimiento de las cosas y de Dios es parcial, el ejercicio de la voluntad en esta vida alcanza más lejos que la inteligencia porque posee el objeto, aunque no lo conozca del todo, pues amo a Dios mismo en sí, aunque no lo conozco más que

parcialmente, y lo mismo puedo decir de mi amigo o de mi esposo, por ejemplo. El amor llega más lejos que la inteligencia.

Además, en la acción concreta hay una interacción entre inteligencia y voluntad. La inteligencia mueve a la voluntad proponiendo los bienes que la atraen y la voluntad impera sobre la primera decidiendo, haciéndola deliberar, fijando su atención, etc. De ahí que podamos querer mal o querer cosas malas ya que la marcha hacia la verdad de la inteligencia puede ser detenida por la voluntad. Podemos mirar a otro lado, prestar atención al lado que nos atrae o positivo de una decisión oscureciendo su verdad profunda, hacer que se centre la inteligencia en la bondad inmediata hasta el punto de no considerar su efecto hondo y verdadero. Pensar en cómo razona el fumador a quien el médico le ha prohibido fumar pero que sigue fumando nos puede ayudar a comprenderlo. La voluntad impera sobre la inteligencia fijándola en que no es para tanto, en que no va a ser ese cigarrillo el causante del cáncer, centrándola en el placer que produce, etc. sin darla ocasión de que muestra la verdad del cigarrillo a medio plazo. El fumador no quiere el cáncer, quiere el bien pasajero que le proporciona el cigarrillo y no es ningún estúpido, es débil y falible como todo ser humano. Eso sí, serlo no le justifica. De ahí que el intento de mejorar la sociedad por la educación sea un proyecto necesario y bueno pero insuficiente. El intelectualismo, como el socrático, no es capaz de orientar al hombre hacia el bien de manera eficaz. Cuanta más verdad se sepa mayor será la atracción del bien, pero aun así se tiene la capacidad de querer lo que no es bueno. Mejorar como individuos y como sociedad requiere el corazón y en última instancia la gracia, sin perder nunca la verdad.

Al elegir mal reiteradamente adquirimos hábitos que nos oscurecen e inclinan hacia el mal con mayor facilidad, los vicios endurecen la conciencia y su capacidad de ver la verdad moral haciéndonos perder sensibilidad para amar. También el camino inverso es potenciador de la finura moral. El mal que el hombre realiza puede llegar a convertirlo en ocasión de inducir a otros al mal, en este sentido afirma X. Zubiri que el hombre se convierte en el maligno para el otro. También el mal que hacemos se van plasmando en las instituciones sociales y en la convivencia originando estructuras de pecado[49] que aprisionan al hombre y dificultan la mejora personal y social pues ejercen presión fuerte sobre la voluntad: "cómo voy a ser el único que se resista a aprobar estas medidas que aumentarán el beneficio un 20% aunque supongan el despido de muchos que de otro modo tendrían trabajo aunque se ganase menos", así se llega a concebir la economía, p. e., como una ciencia "independiente" del hombre y de la ética, con sus leyes propias que hay que seguir caiga quien caiga. Zubiri llama "maldad" a este tipo de realidad estructural que se establece en la historia como un vector que impide la realización del amor. Este problema es complejo y requiere la atención de la ética social en filosofía y de la doctrina social de la Iglesia en teología[50].

Tanto la posibilidad de plenitud de la dinámica amorosa de la voluntad, como la profundización del misterio del mal no se pueden completar en sede filosófica, es necesario sobrepasarla y ponerse a la escucha de la dinámica del don del Espíritu

49. Expresión que tomo de *Sollicitudo Rei Socialis* de JUAN PABLO II, Roma 1987.
50. *Caritas in veritate* de BENEDICTO XVI aborda con hondura algunos de los puntos centrales de esta problemática.

que se da al hombre abierto estructuralmente en donación, y escuchar también la revelación del origen del mal que se sintetiza en el misterio del pecado original. Ambos son temas centrales de la Antropología Teológica.

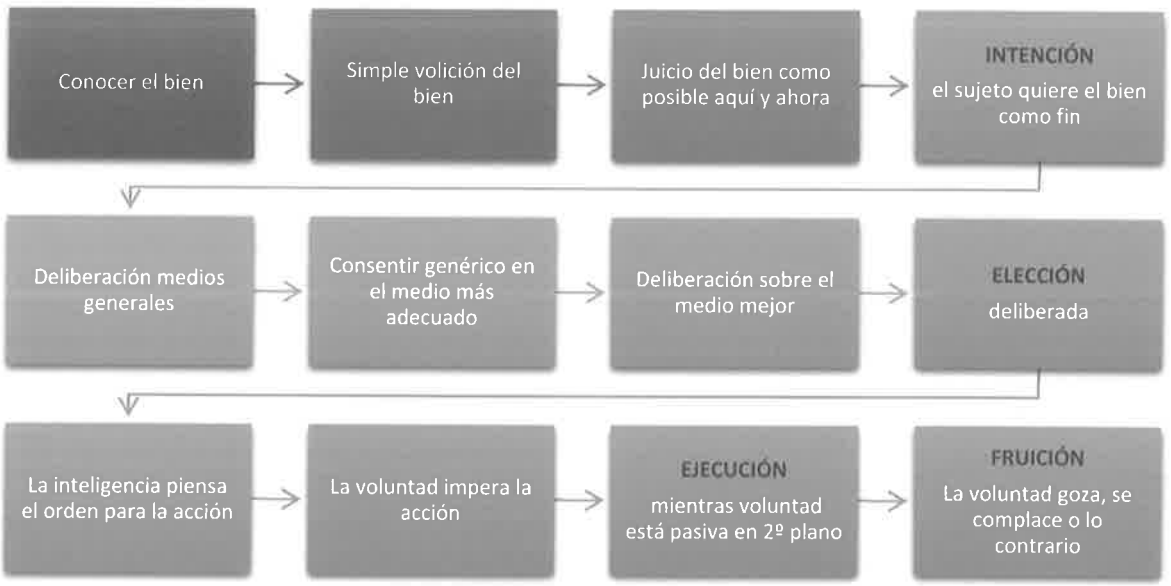
La estructura del acto humano ha sido estudiada por la psicología que distingue 4 pasos:



(TA) La filosofía escolástica estudió la estructura de la acción humana desde la interacción entre voluntad e inteligencia en 12 pasos. Lo que la psicología observa hoy confirma lo que la filosofía analiza desde su campo. El análisis tomista de la acción humana distingue tres pasos que se ven en las 3 líneas del cuadro inferior: intención, elección (que engloba el 2 y 3 de la psicología) y ejecución/fruición. Cada momento de la acción se subdivide en 4 momentos en que inteligencia (verdad y deliberación) y voluntad (querer y amor) interactúan, así las columnas impares muestran los momentos más intelectivos y los pares los volitivos.

La acción humana puede quedar interrumpida en diversas fases de este análisis, no es necesario que culmine, aunque la acción una vez comenzada tiende a terminarse.

Estructura en 12 momentos de la acción humana:



Es interesante subrayar que en los 2 primeros pasos de la "intención" aún no se ejerce estrictamente la libertad, aunque cuando culmina la intención sí hay libertad y por tanto responsabilidad. P. e., Siendo un forofo de los automóviles, si veo un Ferrari en la calle me apetece, me atrae. Este primer movimiento ante el conocimiento más inmediato es la simple volición del bien y es prácticamente automático, no es libre. Ahora si me paro ante el Ferarri para valorar su color rojo, su motor, su línea, sus propiedades y valorar cuánto me gusta y si

quiero poseerlo, ya estoy usando mi libertad y soy responsable; este es el momento de las malas y buenas intenciones, el momento en que ya, como rezamos, podemos "pecar" o "amar" de pensamiento, antes de pasar a la obra. Una persona veleidosa es la que se queda en la simple valoración positiva del bien sin llegar a quererlo realmente, a tener intención de ese bien, a convertirlo en fin para ella. Una persona llena de buenas intenciones, de las que estaría empedrado el infierno según Santa Teresa de Jesús, es la que se propone el fin, pero no pasa más adelante: buscar los medios y ponerlos por obra.

A este detallado análisis sería necesario añadir hoy el papel e influencia de la afectividad, p.e., los sentimientos ayudan a captar el bien y lo valioso, refuerzan convicciones presentes en la deliberación sobre los motivos o, por el contrario, condicionan y parcializan la valoración de los medios; también, p. e., un grado alto de miedo, puede impedir la ejecución de algo que ya ha sido elegido.

Corresponde a la ética estudiar la acción humana en su relación con el bien de la persona y ayudar así a clarificar el camino del hombre hacia su plenitud: mostrar lo que moralmente está bien y está mal. El objeto de la ética parte del hecho de que en el obrar diario de cada persona humana esta actúa moralmente, su acción es intrínsecamente moral y encaminada a la plenitud, ahora bien, el estudio científico que realiza la ética le ayudará a clarificar, ahondar y hacer más fácil su camino. La ética deberá tener en cuenta entre sus fuentes los datos que la antropología filosófica le va dando: persona y naturaleza, fin último del hombre, estructura de la acción humana, etc.

Como el hombre no es un ser individualista hay que considerar la vinculación esencial de la acción de cada uno con la sociedad y la historia. La acción del hombre no es un verso suelto en su vida personal, forma parte del poema de su vida. De igual modo cada acción nuestra no es una acción individual y aislada, sino que aún la más oculta influye en nuestra vinculación con los demás hombres, el mundo y la historia. Como ha descubierto Lévinas cada uno de nosotros además de ser responsable de sí mismo, también es responsable de los demás y del mundo, no en el sentido de que yo tenga la culpa de lo que deciden otros, pero sí en el sentido de que el horizonte de mi actuación debe acoger la llamada a contribuir al crecimiento de los demás y de la historia. No es construcción de humanidad la postura que aísla la propia decisión de su vinculación con los demás, renunciar a la responsabilidad común es ya una forma de actuar que implica una calificación moral negativa, esa renuncia es renuncia a la propia humanidad como han puesto de relieve los estudios de Kant sobre el mal radical y Hannah Arendt sobre la banalidad del mal.

El dinamismo afectivo del hombre: el corazón y el sentimiento

Junto a la facultad de conocer y de amar, la persona humana se manifiesta en un tercer dinamismo: su afectividad, lo que constituye nuestra dimensión sentimental. Los sentimientos no han sido estudiados a fondo por la filosofía hasta hace muy poco y todavía se discute sobre su naturaleza y alcance sin que se haya logrado unanimidad en muchas cuestiones, sin embargo, es mucho lo que se va sabiendo de ellos, y esto es de gran valor, pues ¿cómo vamos a comprender quienes somos sin integrar nuestro deseo, nuestra capacidad de belleza, nuestras emociones?

Resulta complicado encontrar una noción de sentimiento o afecto que sea comúnmente admitida. Esta dificultad viene en parte de la naturaleza no racional de los sentimientos que desbordan la pura sistematización abstracta. En ellos vemos hasta qué punto somos de carne y además hasta que puntos somos más que razón teórica.

Zubiri se refiere a los sentimientos como el estado vivencial en que la persona queda *atemperada con la realidad.* Los afectos y sentimientos son el modo en que el sujeto queda afectado por el entorno en cuanto que está a la intemperie o está cobijado cálidamente por lo que la realidad le suscita, es su atemperamiento. El sujeto tiene la capacidad pasiva de verse afectado, de quedar, de estar siendo afectado, este quedar de la realidad con todas sus complejidades es lo que constituye el sentimiento o afecto. La afectividad es consecuencia de la íntima apertura y relacionalidad de la persona humana con el mundo y con los demás. Es la forma en que lo exterior queda en el interior. Porque las personas tenemos intimidad tenemos sentimientos, se puede expresar en una frase pedagógica el sentimiento consiste en: "convertir el ex en in".

Los sentimientos escapan a una racionalización absoluta por lo que resulta especialmente difícil su estudio sistemático que siempre conlleva la tentación de intentar encerrar en una cuadrícula lo que no se puede encuadrar en esquemas rígidos. Otro rasgo común a los afectos es su bipolaridad, nunca son neutros o teóricos siempre son positivos o negativos, a diferencia de la verdad que es o no es y ya está. Como todos podemos constatar los afectos son influidos por la inteligencia y la voluntad a la vez que influyen sobre estos, hay una relación circular entre estos tres dinamismos.

Además, hay gran variedad de términos -que no todos los pensadores usan en un mismo sentido- pues los sentimientos varían en intensidad, profundidad y estabilidad pudiendo superponerse unos con otros: podemos experimentar paz y dolor a un tiempo y con diversas intensidades y duraciones, de ahí el rico lenguaje con que los designamos. Estos son algunos de los términos más frecuentes:

1. Afecto: término genérico que engloba a los siguientes y que subraya el carácter pasivo de la afectividad: quiera o no quiera, me guste o no me guste las cosas, las acciones, las circunstancias, los demás me afectan, no pueden no afectarme, incluso una aparente respuesta fría y seca es ya una forma de afectación.
2. Emoción: afecto dotado de gran intensidad y con una duración breve, incluso casi instantánea. Su fuerza inclina la voluntad y presiona a la razón. Cuando la persona se deja llevar por la emoción de modo que la razón y la voluntad quedan subordinadas a la emoción se cae en el emotivismo. Ejemplos de emoción son el susto o el llanto que provoca una película, el sentimiento que provoca el reencuentro de dos amigos, con la emoción fuerte de tirarse en paracaídas.



3. Pasión, afecto dotado de gran intensidad, pero con una duración más larga que la emoción. Si la fuerza de la pasión no es debidamente moderada puede llegar a arrastrar la voluntad y oscurecer el entendimiento privando al hombre de auténtica libertad. La pasión por el propio equipo de fútbol puede llegar a deformar la realidad del partido que se está viendo e incluso a realizar acciones violentas o prorrumpir en insultos que sin el influjo de la pasión y en otras condiciones esa persona jamás haría. Caben muchos más ejemplos a la hora de tomar decisiones en el terreno político, cuando uno juzga cegado por el enamoramiento (el famoso amor ciego) o por la amistad. La pasión puede oscurecer nuestra capacidad de juicio moral.

4. Estado de ánimo, afecto de intensidad moderada y una duración mayor que la emoción y la pasión, sin embargo, es todavía un afecto transitorio. Las personas inmaduras suelen pensar que los estados de ánimo son definitivos y se dejan arrastrar por ellos. Una enfermedad como la gripe puede provocar un estado de ánimo bajo, la alegría de una valoración positiva por parte del jefe provoca que suba el estado de ánimo constructivo. Los estados de ánimo ayudan o impiden que la acción se desarrolle con facilidad.

5. Con el término sentimiento nos referimos al afecto más estable y hondo, el sentimiento en sentido estricto, que abarca desde afectos con cierta preponderancia de lo sensible hasta el sentimiento estético, el sentimiento amoroso y el sentimiento religioso que muestran la espiritualidad sentimental de la persona. Los sentimientos definen nuestra personalidad sentimental, nuestro modo de dejarnos afectar y de ser afectados por el mundo. Un ejemplo nos puede ayudar a entenderlo, una cosa es alterarse y llenarse de ira ante una agresión fuerte en un momento determinado y otra muy distinta que el fondo sentimental de nuestra persona sea colérico o por el contrario haya un fondo pacífico que integra y coloca en su sitio las alteraciones puntuales. Es fácil comprender cómo el fondo sentimental influye en la guía de la vida y toma de decisiones tanto como en la posibilidad de lograr menor o mayor felicidad.

Obsérvese que ya con esta descripción de términos se nos abre un campo importante para pensar sobre el hombre y sobre nosotros, por ejemplo: no es lo mismo una emoción religiosa, que una piedad apasionada que el hondo sentimiento religioso. Tampoco sería bueno confundir una emoción amorosa con la pasión, con un estado de ánimo de desencanto o enamoramiento o con el hondo sentimiento amoroso que a su vez se relaciona con la capacidad de amar (voluntad) y de verdad (conocimiento), involucrándolas.

Tanto las emociones, las pasiones, los estados de ánimo y los sentimientos colorean nuestra forma de valorar el mundo, las relaciones con los demás, nuestro propio yo y nuestros proyectos. Es cierto que, si sabemos modelar bien, con arte, la emotividad podemos servirnos de ellos para alcanzar logros y para madurar, algo de esto es lo que ha intentado Goleman con su famosa teoría de la inteligencia emocional. Se trataría de racionalizar hasta lo posible las emociones, pues conociéndonos a nosotros mismos vamos aprendiendo a usar y vivir los afectos de modo adecuado. Ahora bien, nunca debemos olvidar que un control absoluto sobre la emotividad es una quimera imposible y que si se intenta llevar a cabo conduce a una postura inhumana, bien voluntarista bien racionalista.

Nuestra capacidad sentimental es maravillosa, nos relaciona con el mundo, con los demás conectándonos en un nivel más profundo que el teórico, del que es complementario. Nos permite conocer ampliando, nuestra mirada inteligente, aspectos de lo real que de otra manera estarían ocultos. Los sentimientos hablan de nuestra propia intimidad y si los miramos nos revelan aspectos importantes de nuestra personalidad. También nos hablan del mundo y nuestra relación con él, nos dicen cómo el mundo nos afecta y nos vincula con él. Más trascendente es aún el papel de los sentimientos en la interacción con las demás personas. Cuantas veces es la percepción sentimental la que abre o cierra la vía de acceso hacia otra persona, cuantas un sentimiento nos ayuda a sobrellevar los defectos de un ser querido o por el contrario nos vuelve intransigentes hacia aquella persona con la que no hay empatía. Los sentimientos además abren una captación de los valores que completa la tarea de la razón práctica y del amor en el campo moral. Así ante el acto heroico y hermoso de arriesgar la vida para salvar a otra persona se suscita un sentimiento de admiración que provoca la emulación y el deseo de ser mejores haciendo más fácil la vida moral. Los sentimientos refuerzan las tendencias sensibles y la voluntad.

Los sentimientos nos hablan de:

1. *Nuestra intimidad, la propia realidad personal en cuanto afectada por lo que no soy yo.*
2. *De la realidad mundo y de los demás en su real afectarnos, pues son afectantes.*
3. *De la interacción entre ambos: personalidad sentimental y estructura afectiva del mundo.*

Personalidad y educación sentimental

La sentimentalidad es algo único en cada persona, cada uno tenemos nuestra personalidad sentimental. Un componente de esta personalidad es genético, nuestro **temperamento**. Otro es nuestro **carácter** que está formado por lo recibido en nuestra educación y la modulación que nosotros mismos vayamos decantando con nuestra libertad. Hay así una doble educación sentimental: social y personal. De ahí la importancia del autoconocimiento en el campo afectivo, debemos escuchar y valorar nuestros sentimientos pues nos revelan muchos aspectos de nuestro yo y de nuestro entorno. Escucharlos implica aceptarnos y aprender a identificar cada sentimiento con objetividad. De este modo podemos crecer sentimentalmente a partir de la base de partida que nos hace a unos más sentimentales, apáticos, apasionados, cerebrales, serios, etc. mediante la moderación y el dominio político, no la represión voluntarista o racionalista, de los mismos.

Así la persona puede aprender a vivir con sus sentimientos, aprender a gozar de esta dimensión personal llevándola a su realización. Para ello importa mucho que los sentimientos se adecuen a la realidad aprendiendo a regular el caso que hacemos a la frustración, a la autoestima, al sentimiento de atracción por una persona o cosa. Este sano realismo impedirá que minusvaloremos los sentimientos. Este es error de ciertas filosofías que por subrayar la importancia de la razón y de la volun-

tad desprecian los sentimientos como algo irracional sin valor (racionalismo) o como una dimensión sensible y casi animal que ha ser dominada por la voluntad (voluntarismo)[51].

También nos salvará de caer en el emotivismo o sentimentalismo. Esta forma de vivir la sentimentalidad no se cuida de ajustar mediante la inteligencia y la voluntad los afectos con la realidad, concediéndoles el papel de guía, pero un guía ciego por separarlos de la inteligencia, guía que su falta o exceso determinen las decisiones importantes. En el sentimentalismo los afectos (me apetece, no tengo ganas, me gusta, me cae mal, etc...) dirigen la conducta. Además, el sentimiento se convierte en meta, en un fin buscado en sí mismo, mientras que son dinamismos que acompañan nuestra realización, no la meta de la misma: me siento bien cuando doy limosna, y eso es bueno, pero no debo dar limosna para sentirme bien y tranquilizar mi conciencia. Si el sentimiento de bienestar o placer se convierte en meta paradójicamente acaba resultando frustrante ya que estos sentimientos aparecen más acompañando nuestras acciones encaminadas hacia la verdad y el bien. Para el sentimentalista el sentimiento se convierte en criterio de verdad: solo será auténtico lo que se siente, si no es falso o hipócrita. Esto no es así. Uno puede amar, y sin sentir efluvios sentimentales durante buenos periodos de tiempo, llegar a dar la vida por el amado. En ocasiones, en el Romanticismo por reacción contra el Racionalismo y quizás hoy también por reacción contra el cientificismo y la tecnificación o por la disolución de la razón en el relativismo, el amor personal se reduce a su aspecto emotivo, es el conocido como "amor romántico". Si uno reduce el profundo y pluridimensional amor personal (que integra querer, conocer y sentir) a su elemento pasional y emocional nunca llegará a amar de veras. En el fondo confunde el enamoramiento, estado sentimental que lanza hacia el amor personal y que se puede padecer/gozar múltiples veces, con el amor pleno que es su meta. El sentimentalismo, en cualquiera de sus formas, provoca a medio plazo baja autoestima e insatisfacción con uno mismo, pues evidentemente no cabe proyecto de vida en que el sentimiento sea el elemento rector.

(TA) En el campo de la fe a veces se cae también en el sentimentalismo. Esto ocurre cuando a la religión se la saca fuera de la razón, cuando se dice que la fe es irracional. Entonces el creyente concibe su fe como un sentimiento irracional de modo que puede interpretar que cuando siente fervor su fe crece y que cuando está seco o en desierto está pasando una crisis de fe o incluso que la ha perdido. Una cosa es el sentimiento religioso y otra este emotivismo, muy peligroso para la persona y la comunidad. La fe y la caridad (que guardan cierto paralelismo con la inteligencia -verdad- y la voluntad -bien-, igual que la esperanza con el sentimiento) nos unen con Dios y entre nosotros en la verdad que Él nos dona en su Iglesia mediante el vínculo del amor. Fe y caridad son más radicales que las emociones transitorias. Los santos saben muy bien que una oración fiel en sequedad y sin sentimiento vale mucho más que las fervorosas plegarias hechas cuando la sentimentalidad acompaña.

Volviendo al sentimiento en sí mismo: un sano realismo sentimental permite percatarse de que no todo merece tanta estima como a veces le concedemos (amor desmedido, por ejemplo), y que algunas veces hay personas, cosas y situaciones que merecen más estima de la que les damos. También es importante saber rectificar en el plano sentimental, y saber que es posible hacerlo, que los sentimientos no tienen

51. El idealismo trascendental de Kant y el idealismo absoluto de Hegel favorecen esta visión negativa de los sentimientos que son vistos como debilidad.

una fuerza que anule la libertad. Este necesario dominio político, no despótico, nos protege de dar un amor desmedido a lo que no lo merece, nos permite ir logrando una autoestima justa y nos ayuda a desarrollar una tolerancia adecuada a la frustración, que también juega su papel en nuestra vida. Los sentimientos tienen su jerarquía, conocerlos e integrarlos permite superar fobias, caminar hacia adelante cuando hay tristeza, madurar afectivamente y no ser como niños que convierten un constipado en un drama.

Se trataría de ir consiguiendo que me guste lo que me conviene. De aprender a gozar con lo bueno, pues podemos abrir nuestra capacidad afectiva a la belleza de la música, del arte, a la amistad, al servicio caritativo, etc. Articular correctamente el querer y el conocer con nuestro modo de ser afectados es esencial. Muchas patologías hoy muy frecuentes, como la anorexia, la inhibición ante la realidad y la sociedad o la baja autoestima, están muy relacionadas con una deficiente vivencia integral y armónica de los sentimientos. En cambio, una vivencia integrada de la sentimentalidad predispone a acertar con lo bueno, refuerza nuestras convicciones, da peso y estabilidad a la personalidad, los sentimientos apuntan y apuntalan al amor profundo y personal, y un largo etc. de beneficios que la persona descubre en su maduración y enriquecimiento progresivo.

Como ya vimos con nuestro conocer, que es inteligencia sentiente, y con nuestra voluntad, que es voluntad tendente, también en la sentimentalidad hay aportación de nuestra dimensión corpórea y de nuestra espiritualidad. De hecho, todo afecto tiene un componente biológico y un componente más espiritual, estos componentes interactúan con diferentes dominancias entre uno y otro en cada caso.

La afección biológica y la manifestación corpórea de la afectividad es elemento esencial. Entre estas manifestaciones somáticas las hay viscerales (alteraciones en la respiración, la circulación, el estómago), musculares (temblores, parálisis, huida) y expresivas (gestos, sonrisas, tonos de voz). Pero esta fisiología no tiene un significado unívoco. Veamos algún ejemplo.

Diferentes afectos pueden tener una misma manifestación cerebral, por ejemplo, si leemos con un electro la actividad neuronal de una persona en oración profunda (actividad consciente y de diálogo), en vacío sensible en búsqueda del nirvana (aislamiento y vaciamiento) y bajo el efecto de ciertas drogas y sustancias (enajenación de sí mismo) siendo tres afectos esencialmente distintos su manifestación cerebral no es distinguible. Otro caso muy común: nuestro rostro puede palidecer por un desvanecimiento porque tenemos hambre, por miedo o por una grave contradicción o disgusto. También ocurre en la otra dirección, un mismo afecto en diversas personas o en diversas ocasiones puede manifestarse de modo distinto en la biología: el miedo puede acelerar el pulso y provocar reacciones más rápidas, pero también puede bloquear y paralizar a la persona.

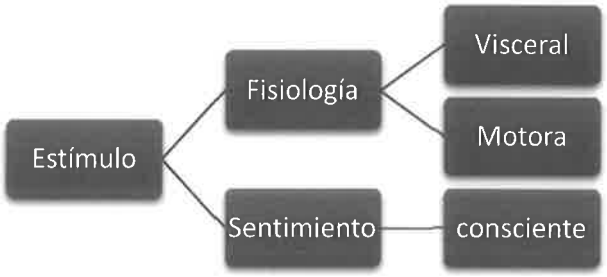
Estructura y producción del sentimiento o biopsicología del sentimiento

La relación entre la reacción fisiológica al estímulo que nos afecta y la vivencia consciente de este afecto ha sido objeto de sorprendentes estudios.

1. En 1884 James y Lange mostraron que, en contra de la percepción común y espontánea, sería la respuesta fisiológica la causa del sentimiento: no lloro porque estoy triste, sino que estoy triste porque lloro. El estímulo al llegar al sistema nervioso central provoca una reacción fisiológica bien motora, bien visceral, bien ambas, tras la cual tomamos conciencia de lo vivido por lo que se produce la emoción a nivel cognitivo que refuerza la respuesta adecuada ante la situación. Así ante la muerte de alguien nos pondríamos a llorar, lágrimas que nos provocarían el sentimiento de tristeza, o si un toro bravo nos sorprende en nuestro paseo por la sierra echamos a correr sin pensarlo y a continuación el correr y sus alteraciones nos provoca el sentimiento de miedo, otro ejemplo, cuando al ir conduciendo percibimos un obstáculo delante peligroso la adrenalina nos acelera y frenamos, giramos el volante, etc., instantes después quizás sudando nos percatamos del miedo que hemos pasado[52]. En la parte de verdad de esta hipótesis se apoya, p. e., la risoterapia. En esta interpretación de nuestra psicología hay cierto riesgo de fisiologismo, de reducir la vida afectiva a su elemento corporal, identificando emoción con reacción fisiológica[53], mientras que nuestra afectividad es mucho más honda y rica.



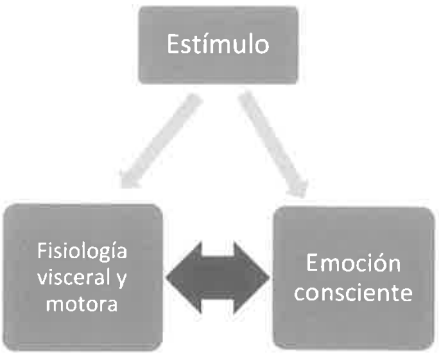
2. En 1920 la teoría de Cannon-Bard supera el esquema anterior. Según esta nueva hipótesis el estímulo, simultáneamente y en paralelo, activa desde el hipotálamo tanto al sistema nervioso central (provocando el afecto en el nivel cognitivo: miedo, tristeza, etc.) como al sistema simpático (provocando el reflejo orgánico: aceleración de los latidos, lagrimeo, el efecto sensible y fisiológico). Esta hipótesis difiere de la anterior en que la respuesta fisiológica (lagrimeo, correr, etc.) ni son previas ni son causa de la emoción en el nivel cognitivo. El sentimiento en cuanto conocido y su fisiología transcurren en paralelo, serían como las dos caras de la moneda de la afección. Cuando vemos al toro, retomando el ejemplo anterior, el correr-palpitar y sentir miedo son fenómenos simultáneos y paralelos, dos reacciones ante el mismo estímulo. Así se explicaría, p. e. que podamos llorar sin estar tristes o estar tristes sin llorar. Pero esta hipótesis aún deja cosas sin explicar: ¿cómo es que pensar en cosas tristes puede provocar nuestro llanto, o el forzarnos a reír artificiosamente provoca alegría sensible y real?



52. Esta hipótesis sobre el origen, naturaleza y transmisión de las emociones fue propuesta por William James y Carl Lange simultánea pero independientemente en 1884. Como respuesta a las experiencias y estímulos, el sistema nervioso autónomo crea respuestas fisiológicas (tensión muscular, lagrimeo, aceleración cardiorrespiratoria...) a partir de las cuales se crean las emociones. Un ejemplo clásico de James es el del oso: el sentido común dice que ver un oso provoca miedo, lo cual impulsa a correr. En cambio, James sostiene que la respuesta adecuada es correr, lo cual impulsa a sentir miedo.En la biopsicología de la emoción supuso un hito importante, aunque ha sido superada.

53. Lange incluso llegó a afirmar que los cambios vasomotores eran en sí mismos las emociones.

3. En 1962 S. Schacter y J. E. Singer formulan la teoría, vigente hasta hoy, que recoge la aportación de las anteriores completándolas. Se trata de la teoría de los dos factores que interactúan circularmente. Ante el estímulo sensible-afectivo se provoca tanto una respuesta física como una cognición que siguen interactuando entre sí dentro del dinamismo de la emoción. Así se explican los fenómenos en que la fisiología provoca el sentimiento conocido (James-Lange), la independencia y paralelismo entre la respuesta fisiológica y la cognición (Cannon-Bard) y además los casos en que el sentimiento alimenta lo fisiológico y lo fisiológico a su vez retroalimenta lo cognitivo permitiéndonos explicar mejor nuestro saber acerca de los sentimientos y su expresión, tanto como nuestra forma de sentir los sentimientos: esto se suele denominar meta-sentimientos. Así se puede explicar que estemos tristes de estar tristes, p.e.



Estas tres teorías ponen de manifiesto la inseparabilidad en la persona de las dimensiones corporal y espiritual también en el ámbito sentimental.

(TA) Además, en un primer nivel afectivo donde hay dominancia de lo sensible resultan evidentes tres leyes que rigen el dinamismo del placer y del dolor y que en cierta medida impregnan los niveles más espirituales y son de suma utilidad para nuestro propio conocimiento:

1. **Ley del contraste**: la intensidad es inversamente proporcional a la frecuencia: nos habituamos a aguantar el dolor o nos acostumbramos a un placer que al final no resulta tan intenso como cuando era novedoso.
2. **Ley de las circunstancias**, incluyendo tanto las físicas como las mentales. El placer y el dolor no son objetivos y matemáticos en sí, por ejemplo, si durante un partido de fútbol nos torcemos un tobillo las circunstancias lo pueden volver casi imperceptible hasta que nos enfriamos una vez acabado el encuentro.
3. **Ley de saturación**, cada vez que repetimos una experiencia se requiere mayor cantidad para producir un efecto similar. Esto se ve en la mal llamada sobredosis en la drogodependencia, el drogadicto va necesitando más cantidad para obtener el mismo resultado de ahí que siempre se vea abocado a una última dosis que no puede aguantar. Otro ejemplo se encuentra en los amantes del deporte de riesgo, cada vez necesitan experiencias más al límite para sentir la misma recompensa emocional. No es difícil percatarse de que nuestra sociedad post-moderna, relativista y consumista, favorece este dinamismo en el ámbito, p. e., de la posesión de tecnología, la experimentación en el campo de la sensualidad, o el afán de ir más allá en las experiencias vitales[54].

Las personas tenemos un sistema básico de interacción con el medio para atemperarnos con él. Este sistema básico consta de dos líneas de fuerza que son paralelas a las tendencias sensibles que estudiamos junto con la voluntad: *eros y thánatos*[55]:

54. Epicuro conocía estas paradojas del dinamismo del placer y del dolor, lo que le llevó a elaborar un hedonismo refinado que en la práctica se alejó mucho de la búsqueda sensual del placer para asemejarse -paradójicamente- más en ciertos aspectos al estoicismo, pues para maximizar placer y minimizar el dolor se requiere bastante ascesis.

55. También se podrían estudiar de otra manera, ver esas dos tendencias (concupliscible e irascible o eros y thánatos) en su componente tendencial o de deseo y en su componente afectiva o sentimental.

1. **Sistema de defensa**: nos provoca el miedo, la tristeza o la rabia que necesitamos para defendernos o huir; o la calma, consuelo y comprensión para quedarnos cobijados.
2. **Sistema de relación**: nos provoca amor, alegría, y asombro ante el mundo y los demás vinculándonos con ellos.

Tipos de sentimientos

Con todos estos elementos complejos y ricos se construye la personalidad sentimental. Con base en los estudios de los filósofos M. Scheler y D. Von Hildebrand, de la corriente fenomenológica, se pueden clasificar los sentimientos en tres grupos, de más periféricos a más centrales al núcleo personal:

1. **Sentimientos corporales**. Casi no tienen peso ni son estrictamente sentimientos, pero por semejanza a los otros se les puede incluir en este estudio. Está la sensación, el sentimiento "sensible": puramente local, actual y sin significado personal (p. e. una sensación de frío). Además, está el sentimiento "corporal", que afecta a todo el cuerpo y es unitario (p. e. el sentimiento de cansancio). Estos constituyen **la voz del cuerpo** y del ambiente.



2. **Sentimientos psíquicos**. Tienen un elemento corporal: reacción fisiológica ambigua (color pálido o rojo p.e.) con su manifestación expresiva (lenguaje corporal); y una vivencia interior que manifiesta **el estado del yo** ante la vida. Tenemos aquí sentimientos de descentramiento o altruistas como el amor o relacionados con el propio yo como la vergüenza, la avaricia, el pudor, la soberbia, etc. El fruto de los sentimientos psíquicos consiste en **estructurar afectivamente el mundo**, todos lo hacemos con mayor o menor acierto, pero así condicionamos nuestra interacción con él desde la afectividad: las cosas y personas son afectivamente percibidas como positivas o negativas. Es importante reconocer este hecho.

(TA) **El sentimiento del pudor: K. Wojtyla**[56] descubre en el análisis fenomenológico del sentimiento del pudor sexual una manifestación de la dignidad personal. Distinguiéndolo de la vergüenza y del temor, el pudor protege los valores sexuales de cada persona del riesgo de que sean reducidos a objeto por parte de los otros, lo que implicaría ocultar el valor de la persona digna de amor, pudiendo reducir la persona a objeto. Así, el pudor favorece que la sexualidad sea tomada en su hondo sentido personal. Hombre y mujer buscan amar, el camino del varón busca más amar para ser amado mientras la mujer buscaría más ser amada para amar, la diversa forma de velar el cuerpo masculino y femenino por parte del pudor pretende proteger estos

56. Cf. K. Wojtyla, *Amor y responsabilidad* (Madrid 2013).

caminos. El pudor conduce a que la manifestación abierta plena se dé en el contexto de la entrega y donación interpersonal del matrimonio, donde el pudor es transformado por el amor en ofrenda total de uno mismo desde la donación en la propia corporalidad (a esto lo denomina la ley de absorción del avergüenza en el amor). El sentimiento del pudor manifiesta el significado personal de la sexualidad, muestra que la persona va inmersa en su sexualidad; por eso el pudor sexual aparece en toda cultura -concretado de diversas maneras-, por eso es responsabilidad de cada época cultivarlo de modo adecuado y no malinterpretarlo como represión o minusvaloración de la sexualidad, pues manifiesta precisamente todo lo contrario: el pudor es un sentimiento eminentemente personalista. El cuidado del pudor que cada uno cultive manifiesta la estructura de su yo y cómo se sitúa y percibe afectivamente su entorno. El pudor es camino para el amor. El varón busca amar para llegar a ser objeto de amor y así a la mujer.

3. **Sentimientos espirituales**, manifiestan **el corazón** de la persona, su núcleo más íntimo, de dónde brota lo más radical y decisivo. Aquí tenemos:

   a) **sentimiento estético**: que nos une a la belleza, nos arrebata, como el sentimiento poético, el sentimiento ante la música, este fue el más estudiado por Kant. Puede remitir hasta al hacedor de toda belleza, hasta Dios fuente de toda belleza.

   b) **sentimientos ante la verdad**: como la sorpresa o la pasión por la verdad, la admiración o el éxtasis intelectivo. El filósofo alemán M. Heidegger se sirvió del sentimiento de angustia ante la muerte entendida como aniquilación total, como reducción a la nada más absoluta, para hacer despertar al hombre a la verdad profunda de su ser y su destino, sacándolo de una existencia inauténtica adormilada en lo cotidiano de la sociedad contemporánea que nos hace vivir como si todo fuese a durar para siempre. La resultante de la reflexión de Heidegger es inquietante, el hombre auténtico se ve maravillado por el hecho de existir, esta es su verdad, se le ha donado el ser; pero vive arrojado en el mundo, pues siempre quedará angustiado por el hecho de que dejará de existir.

   c) **sentimientos ante el bien**: nos permiten descubrir los valores y adherirnos a ellos con fuerza. Según Scheler hay un acto propio de captación afectiva del valor, una racionalidad que unida al afecto nos descubre lo valioso. Ante el bien que hay que hacer surge el sentimiento del deber y ante el mal cometido el sentimiento de remordimiento. La culpa es un sentimiento sano que nos ayuda a unirnos con el bien, a rectificar y caminar hacia la plenitud. Es cierto que puede haber formas patológicas de culpabilidad (escrupulosidad en un extremo o los asesinos patológicos que no sienten nada en el otro extremo), pero por eso mismo un sentimiento de culpa sano y proporcionado es algo humano muy necesario. Desde ciertas divulgaciones malas del psicoanálisis se han hecho críticas a la moral y a la religión injustas que buscan eliminar el sentimiento de culpa. En el fondo de ese intento late una visión inhumana que considera al hombre como un dios a la hora de decidir entre el bien y el mal.

   d) **sentimientos interpersonales**: como la entrega amorosa y el respeto que reconoce la dignidad del otro. Así mirando el rostro del tú se siente el valor absoluto de su dignidad (Lévinas). Un ejemplo de este tipo de sentimiento es la admiración ante aquellos que dan su vida por los demás, p.e. un bombero salvando un niño en un incendio. El **sentimiento amoroso** profundo y radical encuentra aquí su lugar.

e) **sentimiento religioso**: Todos estos sentimientos espirituales confluyen en el sentimiento religioso, tremendo y fascinante, amoroso y tembloroso que es esencial a la dimensión trascedente y religiosa de la persona humana. Ante lo divino, ante Dios, el hombre no tiene solo cabeza y voluntad, tiene piedad, ternura, sentimentalidad. Este terreno es estudiado especialmente por la fenomenología de la religión.

Son muchos más los puntos que podríamos tratar sobre los sentimientos, pero ya hemos visto lo suficiente para cumplir nuestra meta.

Para terminar una última reflexión: es importante aprender a manifestar los propios sentimientos en la conducta social e interpersonal, comprender el lenguaje afectivo, saber usar adecuadamente los gestos para transmitir y recibir los afectos de los demás. Un ejemplo claro está en el beso. Es un gesto maravilloso para manifestar el amor. Hay toda una gradación de tipos de besos: desde el beso de saludo de algunas culturas, el beso entre padres e hijos, entre hermanos, entre novios, hasta el beso que busca la unión corpórea y sexual. Todos estos besos tienen su contexto adecuado donde resultan transmisores de "verdad", fuera de ese contexto se convierten en gestos mentirosos, pudiendo llegar al extremo del beso de Judas. El respeto por la intimidad propia y ajena, el saber exteriorizar lo que corresponde cuando corresponde y ante quien corresponde es vital para vivir una sentimentalidad armónica.

Inteligencia (conocimiento de la verdad), voluntad (amor del bien) y afectividad (sentimiento de la belleza) son las tres facultades superiores con sus dinamismos con que el hombre, las personas humanas en nuestra naturaleza, contamos para lograr nuestra realización personal y la construcción de la sociedad. Estas tres facultades siempre interactúan y dependen entre ellas.
Es esencial destacar en ellas:

1. *La armonía graduada que otorga la guía a la verdad y la primacía al amor, atemperados y ampliados por el sentimiento del corazón: ni racionalismo, ni voluntarismo, ni sentimentalismo.*
2. *Las tres facultades, unidas a la apertura de los dinamismos más comunes con los animales (tenemos tendencias no instintos en sentido estricto), constituyen al hombre como un ser dotado de libertad, nuestra realización es estructuralmente obra nuestra, obra de un hacer con nuestras facultades que es intrínsecamente libre, no nos queda más remedio que ser libres, pero veámoslo con detalle.*

III. Persona y libertad

Todo lo estudiado hasta este momento confluye en la libertad: persona y naturaleza, estructuras de la naturaleza humana: inteligencia, voluntad y sentimiento. La libertad es un rasgo que identifica al ser personal, otro trascendental antropológico como el

amor o el ser seres para la verdad. La libertad no es una facultad nueva de la que salgan unas acciones especiales que serían libres. La libertad es mucho más, es un rasgo que califica a la persona en su ser y que se manifiesta en sus acciones. En el acto libre la tendencia inclina, el intelecto mueve la voluntad y ésta impera al entendimiento y resto de facultades para la acción mientras influye la sentimentalidad, de modo que las acciones no quedan predeterminadas, no surgen necesariamente siguiendo un programa fijado de antemano.

El quién que somos, nuestra carne y nuestros huesos, está constituido de tal manera que nuestro qué, nuestra naturaleza, nos empuja a ser libres, precisamente por eso somos dueños de nosotros mismos, además de un qué (viviente natural), somos un quién que posee su naturaleza en propiedad. No somos poseídos por nuestros impulsos y dinamismos, sino que estos mismos nos colocan por encima como sus poseedores. Por eso también somos esencialmente responsables.

Somos libres humanamente, esto significa que somos radicalmente libres y a la vez que nuestra libertad se funda en nuestra naturaleza. Se trata de una libertad fundada, no de una libertad absoluta, pues depende de sus fundamentos. Nuestra libertad es un don de nuestro modo de ser que nos hace dueños de nosotros mismos, pero no fundadores de nosotros mismos.

De ahí la paradoja de la libertad: apertura y limitación. Es como un diamante, de belleza y dureza invencible, pero pequeño y a veces aprisionado entre múltiples presiones. De ahí que la libertad sea don y tarea: rasgo constitutivo de la persona que puede crecer según crezca la personalidad, igual que puede crecer su concreción social: la conquista de la libertad es tarea apasionante tanto como personas individuales como en la sociedad.

Los límites de la libertad han provocado que diferentes pensamientos nieguen su realidad afirmando que sería mera apariencia de libertad, no una libertad real: "si fuésemos realmente libres entonces podríamos… como no podemos …, entonces es que no hay libertad". Por eso importa comenzar afinando nuestra defensa filosófica de la libertad.

Defensa de la libertad

Como decíamos, la libertad es real, aunque no absoluta, es un don irrevocable, me encuentro siendo libre y no puedo no ser libre, esta es la gran intuición de Sartre, aunque él lo decía paradójicamente como condena: "Estoy condenado a ser libre". Tengo y soy una libertad limitada pero real. Las mismas cosas que podemos valorar como límites de la libertad son condiciones de su posibilidad. Así, el hecho de que mi inteligencia esté abierta al infinito posibilita la libertad, aunque a la vez sea una inteligencia que vaya por pasos y pueda equivocarse y ser manipulada y esto limite mi libertad. Es importante mantener una visión ecuánime y positiva de nuestra naturaleza personal que nos permita descubrir nuestra vida como un dinamismo de posibilitación y no como un conjunto de opresiones. Estar condicionados, tener motivos, ejercer posibilidades, aunque no tengamos todas, es absolutamente distinto que existir bajo coacción sin libertad. Si el águila se cortase las alas porque le pesan, pensando que sin ellas podrá volar más ligero se quedará a ras de suelo, las mismas alas que le impiden ser más ligero son las que le posibilitan volar.

Quienes niegan que haya realmente libertad se denominan deterministas. Si no hay libertad no hay responsabilidad, no hay tarea de construcción personal y social, etc. Podemos agrupar los determinismos en tres tipos:

1. **Teológicos y fatalismos**. Niegan que haya libertad en nombre de un destino predeterminado por la necesidad o fatalidad o por el mismo Dios para el que la acción del hombre sería mero teatro. El fatalismo de religiones precristianas que imperaban en Grecia, Roma y Oriente buscando conocer el futuro predeterminado por los dioses o el Destino es un ejemplo muy conocido. La forma de entender la voluntad de Alá en el Islam, o la predestinación del calvinismo original no dejan espacio a la libertad de ser humano. Por debajo late un problema muy bonito, el tipo de interacción que habría entre lo divino y lo humano de modo que sea compatible con la libertad.

2. **Materialistas**. El hombre sería pura materia que se rige por leyes necesarias de tipo físico o fisiológico. Es la postura del cientificismo de tipo neurocientificista: nuestra conducta está predeterminada biológicamente por nuestros genes y estructura neuronal. También están los psicologistas que sostienen que toda nuestra vida consciente y que creemos libre en el fondo está determinada por fuerzas ocultas e inconscientes que son las que realmente deciden en nuestro lugar, versiones extremas del conductismo y el psicoanálisis caminan en esta dirección. Tanto para neurocientificistas como para psicologistas no somos un ser con dimensión espiritual, capaz de regirse a sí mismo.

3. **Estructuralistas**. Piensan que las personas somos estructuración de capas: genética, neuronal, biológica, lingüística, sociológica y cultural. Cada capa se apoya en las anteriores y se rige por sus leyes fijas. El hombre es complejísimo y eso nos lleva a creer que somos libres y creativos, pero en el fondo estamos determinados por esas estructuras que se podrían deconstruir y volver a construir, si las conociésemos mejor seríamos absolutamente previsibles. Así el hombre estaría determinado por el arrastre social (Comte y Durkheim llevados al extremo): determinismo sociologista, o por las leyes de la estructura económica (Marx) o por las determinaciones culturales (deconstructivismo del Transhumanismo y de la Ideología de género), es el determinismo culturalista: no pienso ni quiero por mí mismo sino lo que la cultura me inculca con su poder.

Según los determinismos la libertad viene a ser el nombre que damos a la ignorancia de los auténticos motivos y causas de nuestra conducta. Si desapareciese la ignorancia con el saber todos nos daríamos cuenta de que no somos libres, de que en el fondo otras fuerzas movían nuestras acciones.

Consecuencia del determinismo es la desesperanza para la mejora social pues el cambio basado en la libertad no es posible. Otro tanto cabría aplicar a la vida personal. Si un individuo o sociedad piensa en clave determinista cae en el inmovilismo, se abandona el esfuerzo por mejorar y hacer crecer la persona y la sociedad, se extiende la tristeza que siembra pesimismo y desesperanza social; en esta situación crece el riesgo de dejarse llevar por las corrientes dominantes sin ejercer la propia responsabilidad.

¿Qué debemos decir frente a los determinismos?

Argumentos en favor de la existencia de la libertad:

Son múltiples los puntos de partida de las argumentaciones en defensa de la libertad, sin olvidar nunca la experiencia originaria y personal que de la libertad tenemos cada uno.

1. Desde la naturaleza humana y sus facultades: el estudio de la articulación entre inteligencia, voluntad y sentimiento, la estructura de las tendencias humanas muestra que en la persona humana hay apertura y no predeterminación. Es el estudio que llevamos haciendo hasta ahora, la vía larga.

2. Desde la experiencia moral fundamental: es el argumento de Kant con su imperativo categórico, y de Lévinas con la responsabilidad fundamental. El hecho moral, el hecho de pedir un mundo justo y de experimentar la responsabilidad radical tienen como única condición de posibilidad que las personas seamos libres. Si no fuésemos libres no habría hecho moral ninguno, sería todo absurdo.

3. Desde la intuición espontánea y la experiencia común: todos sabemos que ahora estamos leyendo esto porque lo hemos decidido así y si queremos nos levantamos y nos vamos a hacer otra cosa. Tenemos experiencia de la indecisión, si hay indecisión no hay determinismo. Además, contra Hegel y su argucia de la "Razón" que nos hace creer que hay libertad pero que esta es el nombre de la ignorancia, pues todo está determinado: nuestra experiencia nos dice que cuanto más sabemos somos más libres y al contrario cuanto menos sabemos y más ignoramos somos menos libres y más manipulables. Esta experiencia de la libertad el personalista K. Jaspers la explica en el deseo de ser libres, si no fuésemos libres realmente sería impensable que el esclavo anhelase la libertad, se sometería sin dudarlo, pero queremos ser libres, esto manifiesta que lo somos. La libertad surge en el momento en que nos damos cuenta de la posibilidad de no ser libres. Frente a Sartre que ve la libertad como pura facticidad de nuestra existencia para Jaspers "yo soy el que decide y el que se decide y el que decide sobre sí". Al buscar el origen de la libertad vemos que no nos la damos a nosotros mismos, sino que es un don concomitante a nuestro ser, un don de libertad que pide que consintamos en él viviendo auténticamente libres (Pareyson).

4. El argumento del "como si" de J.L. Marion en su fenomenología que busca fundar la libertad originaria no condicionada: aun admitiendo como hipótesis la máxima constricción y presión, aún en ese caso extremo podría decidir actuar "como si" fuese libre y esto revela la libertad irreducible y originaria. Este terreno empalma con las experiencias de libertad de presos en campos de concentración durante la II Guerra Mundial y la experiencia cristiana del campo de la libertad interior donde actúa el Espíritu Santo.

Caracterización de la libertad: libres para amar

Ser libres consiste en ser señores de sí mismos[57], en que somos capaces de autoposesión[58] hasta el punto de poder llegar a la donación, por eso somos libres con

57. Para Tomás de Aquino en este ser "señor de sí" consiste la *Imago Dei* que el hombre es, cf. *STh* I-II *Prol.*

58. Este ser "autos" implica autonomía y se tienen gracias a que estamos sobre nosotros como manifiesta el ser capaces de autoconciencia (*noesis noeseos* en que consiste el ser espiritual), autonomía que no es plena y que está vinculada a la carne.

libertad para amar. Por la libertad el hombre se fija fines a sí mismo. La libertad consiste en ser dueño de uno mismo para poder darse, darse desde la intimidad, autodeterminarse en favor o en contra del amor. Por eso la manifestación de la libertad es indisociable de la experiencia de la responsabilidad: responsable de mí, de los otros, del mundo. El mundo, los demás y yo están ante mí solicitando una respuesta libre para atenderlos y cuidarlos. Por eso la libertad no es un rasgo individualista sino esencialmente vinculado y vinculante.

Esta caracterización de la libertad supera otras que se han dado en la historia. Libres para amar recoge lo positivo y supera los límites de la noción de la libertad como indiferencia o como ausencia de determinación. Libertad no consiste en quedar indiferentes e indeterminados ante los demás o el mundo o nuestras decisiones, si no en ser dueños de nuestra determinación para poder amarlos o no. Es cierto que si hay determinación no hay libertad, pero igualmente cierto es que la mera falta de determinación no coincide con la libertad. El análisis que sigue nos ayudará a comprenderlo.

Análisis de la libertad

Se pueden distinguir tres niveles en el análisis de la libertad:

1. **Libertad-en o libertad trascendental**. Nivel de fundamentación, la persona humana es libre porque vive en la verdad, en la realidad, en el ámbito del ser, porque por su inteligencia está abierto y no cerrado o clausurado, hasta el punto de que está abierto incluso a sí mismo hasta el punto de flexionarse sobre sí y decidir sobre sí (autoconciencia y autodominio). Con la libertad-en la realidad se señala el fundamento de la libertad: la radical apertura direccionada -hacia su plenitud- de la persona humana por sus estructuras, soy libre porque vivo, amo y conozco en la verdad; y no en los puros estímulos e impulsos de otros animales. A este aspecto de la libertad también la han llamado libertad trascendental siguiendo la reflexión de Heidegger (Millán-Puelles). En este nivel constamos la libertad como un don recibido e irrenunciable, lo que al italiano Pareyson le lleva a remontarse desde nuestra libertad recibida y donada hasta la libertad absoluta divina y donante de libertad.

   Porque somos libres-en la realidad surgen dos campos de realización en libertad, los campos nunca son absolutos, siempre son finitos:

   a. Libertad de especificación: somos libres de hacer esto o eso otro, así o asá.
   b. Libertad de ejecución: somos libres de hacer o no hacer.

2. **Libertad-de o libertad como liberación**. Estamos en el nivel más externo o manifestativo, no por ello carente de importancia. Este es el terreno habitual de las discusiones sobre libertades en los debates políticos, científicos y sociales. Como somos libres en la realidad podemos ejercer esa libertad mientras no nos coaccionen y no nos lo impidan. Así decimos: "soy libre-de decir lo que pienso" (libertad de expresión) y si no me dejan "lucharé por la liberación". Aquí cabe distinguir ser libre-de:

   a. Libre-de impedimentos físico-psicológicos que impiden el acto libre.

b. Libre-de una presión social que esclavice, libres de coacción. Es el campo de las libertades públicas y su articulación con la libertad personal. Puede haber ocasiones de conflicto entre la conciencia y lo social, provocando el ejercicio de objeción de conciencia. También pueden entrar en conflicto libertades como el derecho de expresión y el respeto a las creencias, el derecho de huelga y el derecho a ir a trabajar. Esto manifiesta que las libertades-de han de estar jerarquizadas conforme al ser de la persona y su dimensión social. No se pueden absolutizar estas libertades, han de estar en diálogo dinámico entre ellas conforme a un desarrollo humanista integral de la sociedad.

3. **Libertad-para o libertad de calidad**. Nivel de realización personal máximo, la plenitud del hombre y la plenitud de la libertad. El estudio del quién y del qué del hombre nos ha mostrado el amor como sentido fundante de la libertad y del ser personal.

   La máxima donación manifiesta la máxima autoposesión, que es la máxima libertad.

   Podemos formularlo con una regla: cuando hay máxima autoposesión puede haber máximo amor, o lo que es lo mismo: el máximo amor requiere la máxima autoposesión.

> *La libertad se funda sobre la verdad del hombre como un ser personal capaz de amar, queriendo el bien para el otro y descubriendo el máximo bien propio en el mismo amar.*

Amar, bien, verdad se armonizan en la libertad-para: soy libre para darme, puedo crecer en mi autoposesión de modo que pueda ir entregándome cada vez más. La libertad no es indiferencia sino un rasgo en que se manifiesta la persona en su sentido nuclear como alguien vocacionado al amor. Por eso ser libre no consiste solo en poder elegir o en no ser coaccionados, sino en un crecer en libertad, en una libertad que puede ir aumentando en calidad con la propia vida.

(TA) El moralista S. Pinckaers lo explica comparando la libertad con aprender a tocar el piano. Un niño al que apuntan a clases de piano deberá renunciar a ciertos deportes para no lesionarse los dedos, a ciertos juegos para tener tiempo de tocar y ensayar, etc. Si el niño dice que no a las clases ejerce su libertad, jugará, practicará deportes, etc., en otros campos puede que crezca, en el del piano no. Pero si el niño dice que sí a las clases de piano y responde con constancia, aunque al principio sus compañeros se rían y le digan que es esclavo del piano, que no es libre para jugar con ellos, pasados los años podrá llegar a ser un intérprete famoso que recrea cada pieza con maestría e incluso un compositor que crea sus propias piezas para piano. Si en ese momento final compararamos al que de niño dijo "no" al piano con el que ha dicho "sí" podríamos constatar que ambos son libres respecto al piano, pero que ahora su libertad es cualitativamente distinta. El que de niño dijo "no" ahora puede aporrear el piano, ignorar el piano, usarlo de adorno, etc. Pero el que dijo "sí", "además" ahora puede interpretar, componer, recrear, deleitarse, deleitar, etc. Ambos son libres pero la calidad de la libertad del segundo respecto del primero es mucho mayor. Pues bien -esto es clave- sustituyamos el piano del ejemplo por la propia persona, con su naturaleza, con sus facultades, con su capacidad de amar etc. y nos daremos cuenta de lo que significa una libertad de calidad, el que nuestra libertad sea libertad-para. Aquél que ha

> sabido con esfuerzo y generosidad ser cada día más dueño de sí, menos atado por lo circunstancial y caprichoso, ese será el que pueda amar de verdad mejor y el que sea más libre.

Dar la vida por el amado exige y manifiesta un máximo de libertad, un máximo de autodeterminación.

Además, el que ama se decide, elije lo que cree lo mejor, aún a riesgo de equivocarse, pero siempre fundado en la verdad del propio ser, del ser del amado y la verdad de las cosas. En su crecimiento también ha madurado y desarrollado su capacidad de verdad y su afectividad para que cooperen en una libertad más y más plena. El "ama y haz lo que quieras" es verdadero porque si uno ama con amor auténtico querrá lo bueno de verdad para sí y para los demás, no hay peligro de relativismo ninguno.

Libertad-para significa pues:

a. Descubrir que somos libres-para el amor interpersonal. Esto incluye:
   i. Amarse uno mismo como buen amante.
   ii. Amar al tú personal.
   iii. Amar a Dios.

b. Descubrir y cuidar el crecimiento en la libertad, siendo conscientes de que también es posible lo contrario: perder libertad. Como indicaba Ortega, el hombre por su libertad no es biología, sino que es biográfico, somos los seres que escribimos nuestra historia y podemos hacerlo fomentando o disminuyendo nuestra libertad. Por eso hay que estar atento a:
   i. Conquistar libertad, tanto personal como social, cultivando las virtudes y actitudes.
   ii. Ampliar y abrir ámbitos de libertad personal interior e interpersonal, puedo ir ganando para la libertad mis tendencias, mis primeros movimientos más automáticos, crear ámbitos donde se viva la libertad y se comparta, se eduque en ella, etc.
   iii. No descuidar los factores esenciales para que crezca la libertad: conocimiento propio, conocimiento moral y armonía personal.
   iv. En el ámbito creyente somos conscientes de que el máximo de libertad necesita de la gracia. Es el Espíritu el que nos hace libres capaces de amar, el que nos permite vivir la libertad de espíritu.

c. La libertad de calidad implica totalidad en el tiempo y totalidad de la persona. Esta totalidad se realiza en la relación con Dios, en el amor esponsal y en la amistad.
   i. La fidelidad es la manifestación del poder de la libertad y el amor sobre el tiempo: El tiempo domeñado por el amor. Ser fiel no es estar atado, por el contrario, ser fiel en el amor supone estar liberado del peso de los días, de la mutabilidad de las cosas, ser dueño de sí hasta el punto de que nuestro amor no falla, de que nuestra libertad que se determinó a amar no se debilita ni es vencida por el paso del tiempo.

ii. Sólo quien va siendo dueño de sus pasiones, de sus inclinaciones, será capaz de ir viviendo también con plenitud la donación que se expresa con el regalo de la propia corporalidad (tanto en el matrimonio, como en el celibato, como en el martirio). Es la plenitud entregada de una libertad que se ofrece totalmente: en cuerpo y alma.

Este análisis y fundamentación de la libertad en la verdad y el amor nos muestran que la persona es proyecto, somos un peregrino, *homo viator*, en expresión de G. Marcel: un caminante con una meta; la persona tiene un carácter constitutivamente vocacional, el hombre está llamado a la plena libertad y al pleno amor. Esta es la vía auténtica de autorrealización.

Con esta caracterización de la libertad se **solucionan paradojas que son falaces**:

1. **Pecado y libertad**: elegir el mal manifiesta la libertad, pero la disminuye. Pecar ata, no libera.

2. **Objetividad y libertad**. Por ser libres somos morales. Pero ser libres no significa que nuestra libertad y voluntad sean creadoras de valores, como el tan extendido modo de entender el actuar según "**my choice**" o "**my way**". La libertad moral significa que podemos fallar, pecar, pero lo moral va ligado a la propia verdad y la verdad de las cosas. El hecho y la experiencia del arrepentimiento ante decisiones moralmente equivocadas nos muestran este vínculo de la libertad con la verdad: la verdad nos hace libres. Por eso la conciencia moral debe buscar la verdad, está hecha así. Por eso habría que distinguir entre el respeto a la libertad de cada conciencia que puede haber alcanzado verdad o no en un campo, y una mal entendida libertad de las conciencias entendida en el sentido de que cada conciencia está exenta de su vínculo con la verdad y podría decidir sobre lo bueno y lo malo desde sí misma. En la conciencia hay un vínculo con la verdad última y primera de la persona (en última instancia con Dios) de modo que con la luz de la llamada ley natural, luz que alumbra el obrar desde nuestro ser personas, la conciencia va conociendo lo bueno y auténticamente personal.

3. La **naturaleza** humana no impide la **libertad**, la posibilita. Porque tengo esta esencia humana soy un ser libre.

4. **Los demás** (otras personas, sociedad, leyes, instituciones, etc.) no son un infierno que constriñen mi libertad (Sartre), sino que la posibilitan. Además, no es solo cuestión de autonomía, libertad pública y libertad de conciencia sino ante todo de descubrir que el otro es la posibilidad misma de amar y ser amado y por tanto la posibilidad de ser máximamente libres. Un ejemplo: ¡qué verdad no solo espiritual sino también antropológica desvela que Teresa de Calcuta diese gracias de corazón a los pobres por dejarse amar!

5. Dios no es el enemigo de mi libertad sino su posibilitador y ayudante. Sea como fuere la cooperación entre gracia y libertad humana, tema que estudia la Antropología Teológica (fue muy famosa la Controversia *De auxiliis* de los siglos XVI y XVII), desde esta antropología filosófica hemos de señalar que se ha de tratar de una acción de Dios que promueva la libertad humana, liberándonos para ser más dueños de nosotros, más capaces de amar. En esta línea, la predestinación tiene un sentido católico y libre, no como predeterminación, sino como

donación de todo lo necesario para llegar al destino de plenitud al que hemos sido llamados, perdón por la imagen: somos una carta con el franqueo pagado, pero una carta libre pues llegar o no está en nuestra mano, no en la del cartero. También podemos entender desde aquí que, aunque en el cielo no podremos pecar, esto no implica falta de libertad sino una auténtica libertad de calidad, en el Cielo somos capaces de un amor fiel que no quiere pecar y de hecho ya está capacitado para no pecar, seremos dueños de nuestro amor hasta ese punto por la misericordia de Dios.

6. **Autenticidad** no es seguir el impulso del momento o lo espontáneo, sino la coherencia con el amor. Viene muy bien pensar qué significa "amor libre" en serio.

7. La libertad-para permite superar la mera tolerancia, superficial y a veces dogmática por no admitir la verdad y quedarse con el todo vale, con el auténtico respeto al otro en su conciencia y libertad aun cuando esté equivocado, los demás tienen derecho a equivocarse y ser profundamente respetados.

CONCLUSIÓN

En el estudio de la naturaleza humano y sus dinamismos aparece la novedad absoluta e irreductible de la persona humana.

Son muchos los rasgos de nuestros hermanos los animales similares a los humanos (estructura genética, funciones biológicas básicas, capacidades de deseo, conocimiento sensible y afecto). Esta semejanza está transida por una esencial diferencia, aún en las funciones exteriormente más similares -a los ojos de las ciencias biológicas- se hace presente toda la persona humana y su dimensión trascendente, por eso nuestro comer, p.e., está abierto por encima del instinto a la cultura culinaria y al ayuno, por eso las personas tenemos tendencias, no instintos ciegos.

Entre las facultades exclusivas de la persona destaca la inteligencia que guía el obrar del hombre hacia su realización. El hombre es capaz de verdad, de un modo limitado, no podemos conocer totalmente la verdad, pero absoluto: conocemos cosas absolutamente verdaderas. Gracias a la capacidad de verdad que supera el relativismo el hombre puede sobrevivir y desarrollarse hacia su plenitud.

Especial relevancia tienen la relación entre mente y cerebro para comprender cómo somos capaces de conocer la verdad, pero más aún la filosofía de la inteligencia que descubre la íntima colaboración del organismo con el alma para alcanzar la verdad. El hombre como ser capaz de verdad tiene un logos que se manifiesta como lenguaje, lenguaje que está animado por el pensamiento, pensamiento que no puede, a su vez, ser sin lenguaje.

El estudio del deseo y las tendencias descubre en la unidad de la carne que la persona es el dinamismo de la voluntad que nos hace capaces de amar y nos constituye en seres esencialmente morales.

La rica sentimentalidad del ser humano se abre desde los afectos más inmediatos a la trascendencia del sentimiento de le belleza y religioso. La atención que requiere una buena educación sentimental nunca debe ser minusvalorada.

Estos tres dinamismos (inteligencia, voluntad, sentimiento) muestran a la persona como un ser por naturaleza capaz de verdad, bien y belleza. Las tres facultades se imbrican mutuamente bajo la guía de la inteligencia y la primacía del amor. Este equilibrio relacional permite esquivar antropologías intelectualistas, voluntaristas y sentimentalistas.

Gracias a la constitución orgánica y las facultades superiores la persona se descubre libre. La libertad es el modo de ser de la persona en su actuar y realizarse. Este don originario de nuestra naturaleza puede desarrollarse y encuentra su plena realización en el amor como entrega a los demás y a Dios.

Ejercicios de autocomprobación

1. Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F)

1. Las facultades son añadidos a la naturaleza por modificaciones biográficas ..... V F
2. Descubrimos las facultades por los diversos tipos de actos que realizamos ..... V F
3. Las facultades de los sentidos y la inteligencia conocen la realidad..... V F
4. La voluntad desea y ama..... V F
5. Las facultades y sus dinamismos se influyen mutuamente por la unidad de la persona..... V F
6. Quien ama, conoce y siente es la persona mediante sus facultades..... V F
7. Los hábitos perfeccionan las facultades y se adquieren por repetición de actos..... V F
8. Cuando una facultad no está en acto y se ejerce desaparece..... V F
9. La meta o fin de la naturaleza viene dado desde fuera de la persona..... V F
10. El hombre es peregrino hacia una plenitud que puede encontrar donde él decida..... V F

2. Diga cuales de estas afirmaciones son verdad y cuales no:

1. La articulación entre sentidos e inteligencia es un proceso de acciones diversas por fases.
2. Inteligencia y sentidos colaboran en la acción de conocer.
3. El uso de la inteligencia es una extra del hombre que no desempeña una función vital.
4. La inteligencia obedece el imperio de la voluntad.
5. La tradición, el amor y el testimonio son vías de conocimiento poco fiables.
6. La certeza es garantía de estar en la verdad.
7. Zubiri subraya la profunda unidad psicocorpórea del conocimiento humano con su teoría de la inteligencia-sentiente.
8. El hombre conoce cada cosa particular alcanzando su esencia universal.
9. Todo el conocimiento humano debe alcanzar el nivel de evidencia absoluta.
10. Santo Tomás formula una teoría dualista de la verdad.

3. Diga cuales de estas afirmaciones son verdad y cuales no:

1. La voluntad es un nombre para explicar cómo se resuelven los choques de tendencias.
2. La voluntad es neutra, no tiende ni al bien ni al mal.
3. Algo es bueno porque lo quiere la voluntad
4. La voluntad quiere algo porque es bueno.
5. Las tendencias humanas son tan fuertes y determinadas como los instintos animales.
6. Los apetitos irascible y concupiscible son malos y fuente de pecados.
7. La voluntad es capaz de controlar absolutamente la afectividad.
8. Hay cuatro facultades superiores: inteligencia, voluntad, afectividad y libertad.
9. Voluntad y razón mantienen un complejo y bello diálogo en la acción humana.
10. Las tendencias humanas son absolutamente distintas de las tendencias animales.

4. Diga cuales de estas afirmaciones son verdad y cuales no:

1. Los sentimientos deben guiar la inteligencia y la voluntad para construir un mundo mejor.
2. Los sentimientos son irracionales y conviene reprimirlos para que no estropeen la realización de la persona.
3. Los sentimientos son puramente sensibles y no están abiertos a lo espiritual.
4. El mundo tiene una estructura afectiva para la persona, marcada por sus vivencias.
5. Los valores no dependen del bien y son subjetivos.
6. La libertad es absoluta o no es auténtica libertad.
7. La libertad de calidad supone una tarea de conquista personal y social de espacios de libertad.
8. Sacrificarse y aguantarse son experiencias que limitan la libertad.
9. El máximo amor implica el máximo autodominio y este es posible por la máxima libertad.
10. El voluntarismo es la mejor opción porque implica la primacía del amor.

LECTURAS RECOMENDADAS:

Básica:

J. R. AYLLÓN, *Antropología paso a paso*, 27-114 (c. 2-5).

J. M. BURGOS, *Antropología breve*, 37-94 (c. 3-6).

De ampliación:

J. A. GARCÍA CUADRADO, *Antropología filosófica*, 43-132 y 159-177 (c. 2-7 y 9).

R. LUCAS, *Explícame la persona*, 27-140 (c. 2-10).

C. VALVERDE, *Antropología filosófica*, 143-204 (c. 5-6).

De investigación:

G. AMENGUAL, *Antropología filosófica*, 257-278 (c. 10 La libertad).

Desde la Iglesia:

BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est* (Roma 2005).

CONCLUSIÓN

UNIDAD DIDÁCTICA II

Gracias al esfuerzo realizado en esta segunda unidad hemos podido profundizar en la realidad humana como persona, en su naturaleza y los dinamismos con que cuenta para su realización.

Hemos descubierto al hombre como persona, esto es, como un quién dotado de una innata dignidad absoluta abierto a los demás, al ser y al mundo, a Dios y así mismo. La noción de persona nos permite captar y defender esa dignidad inviolable de la persona sin diluirla en la colectividad ni disolverla en la colectividad anónima de la especie. La persona es un quien singular irreductible y en comunión con los demás, un ser individual que con su naturaleza trascendente se abre a la verdad, al bien y a la belleza en camino compartido con sus congéneres. Forma parte esencial de la persona su apertura a Dios y sus derechos fundamentales.

Además, el estudio de la naturaleza humana ha puesto de manifiesto la profunda unidad del hombre, la persona es carne. Una carne que descubrimos indisolublemente principiada por el alma y el cuerpo, que no son cosas que se unen, sino co-principios que fundan la unidad. Por eso en toda la realidad se descubre la dimensión personal: el cuerpo (corporeidad y corporalidad) y el alma son modos de mirar la persona sin perder su unidad radical. Superando así los dualismos y los reduccionismos monistas podemos hacer justicia a la riqueza personal de campos tan variados como la estética o la sexualidad, p.e., en el caso de la persona humana el sexo no es solo cuestión de órganos, se debe hablar también de un alma o genio femenino y otro masculino.

Por último, el análisis filosófico de las facultades de la persona nos ha permitido subrayar el parentesco y la esencial diferencia con los animales, nuestros hermanos. Además, la articulación armónica de las facultades para la verdad (inteligencia), el bien (amor/voluntad) y la belleza (sentimentalidad) nos permiten entender con hondura la libertad como una libertad-para, con un sentido de realización que culmina en el amor de entrega o agape.

ACTIVIDADES

1. Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F):

1. El naturalismo defiende la noción analógica de naturaleza. ..... V F
2. Naturaleza es la esencia en cuanto principio de operaciones. ..... V F
3. Naturaleza es un principio fijo de operaciones predeterminadas ..... V F
4. Naturaleza es un principio fijo de operaciones fijas ..... V F
5. Naturaleza es un principio fijo de operaciones ..... V F
6. La naturaleza funda el ser personal ..... V F
7. La persona tiene la naturaleza ..... V F
8. La naturaleza tiene a las personas. ..... V F
9. La noción de persona es teológica y no debería ser usada en filosofía..... V F
10. La noción de persona es puramente cultural y política, sin alcance metafísico. ..... V F

2. Actividad

1. ¿Cuál de estas dos afirmaciones se correspondería con la concepción personalista y de unidad en la dualidad de E. Mounier?
   a. "El hombre, así como es espíritu, es también un cuerpo. Totalmente 'cuerpo' y totalmente 'espíritu'"
   b. "El hombre, así como es espíritu, está habitando un cuerpo. Totalmente dirigido y totalmente limitado por él"

2. Señale si es compatible con una antropología de la unidad hablar de
   a. Existencia incorporada
   b. Existencia encarnada

3. Y estas otras expresiones, ¿son también compatibles?
   a. Espíritu encarnado
   b. Cuerpo animado

4. Diga si en su opinión es verdadera esta tesis:
   a. «Casi se podría decir que yo no existo sino en la medida en que existo para otro, y, en el límite, ser es amar»

5. Diga si cae en el intelectualismo el siguiente párrafo:
   a. Finalmente, la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible.

6. Elija:
   a. Las cosas son buenas porque las quiero
   b. Las quiero porque son buenas

7. Verdadero o falso: la voluntad impera sobre la inteligencia y por eso decide.

8. Verdadero o falso: el alma es como la armonía de lo orgánico. Por eso si algún día pudiese teletransportarse al hombre como en una película, no supondría ningún problema. La máquina teletransportadora copia exactamente el estado de cada célula y neurona, lo destruye y en el otro lado de la galaxia, a la velocidad de la luz, lo reconstruye exactamente igual (cf. D. Parfit).

9. "La libertad es mera apariencia, en el fondo las estructuras genéticas, neuronales, psíquicas y sociológicas determinan nuestra conducta" ¿Es verdad?

10. "El sentimiento humano es una realidad maravillosa que influye en la relación con Dios, hasta con las cosas más pequeñas", ¿es verdad?

3. Señale las ideas centrales de este texto y arguméntelas filosóficamente:

CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*:

Constitución del hombre

14. En la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, de-be tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado, experimenta, sin embargo, la rebelión del cuerpo. La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que lo esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón.

    No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino. Al afirmar, por tanto, en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado sola-mente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad.

Respuestas correctas a los ejercicios de autocomprobación

Tema 1

Ejercicio 1: V F F F V F F V F V
Ejercicio 2: F F F V F V V V V F
Ejercicio 3: F F F V F F V F V F

Tema 2

Ejercicio 1: F F F F F F V F V F
Ejercicio 2: Dualismo: 2, 3, 6 y 7; Monismo Materialista 1 y 5; Unidad en la dualidad: 4 y 8
Ejercicio 3: F V V V F F F V F V

Tema 3

Ejercicio 1: F V F F V V V F F F
Ejercicio 2: F V F V F F V V F F
Ejercicio 3: F F F V F F F F V F
Ejercicio 4: F F F V F F V F V F

Unidad didáctica
Actividad 1.: F V F F V V V F F F

Actividad 2.:1. a, 2. a y b, 3. a y b, 4. sí, es una frase de E. Mounier, El personalismo (1949), 5. No, además es un texto del Concilio Vaticano II: GS 15, 6. b, 7. Verdad, 8. Falso, es la postura del naturalismo norteamericano, 9. No, es absolutamente falso, 10. Sí es verdad.